

# Entera y sin fisuras

Esperanza Borrell

## AGRADECIMIENTOS

Me siento orgullosa y feliz por haber sido capaz de llevar a cabo este proyecto de vida que se empezó a gestar en el momento mismo de cruzar el antiguo y enorme portón de madera de DEMAC, Puebla.

Una vez dentro de esa hermosísima casa colonial tan bellamente restaurada, en la que se respira una paz y armonía absolutas, y conocer a las valientes y acogedoras mujeres que ahí laboran, supe de inmediato que quería convertirme en una más de aquellas damas que con osadía se atreven a contar su historia. Me inscribí dispuesta a aprender.

Empecé con Fátima, esa encantadora y estricta jovencita que con enorme paciencia y buena voluntad me fue introduciendo en el ABC de la computadora.

Después pasé al agri dulce encuentro con la escritura de la mano amorosísima y firme de mi querida maestra Mónica Díaz de Rivera.

Caminaron conmigo, apuntalándome la voluntad, mis compañeras de taller: Yuri, Fátima, Pepa, Leonor y Érika a quienes agradezco sus observaciones y su fuerza.

Nada de esto hubiera sido posible sin la solidaridad y acompañamiento de la Coordinadora General de DEMAC, Puebla: Alejandra Montero Clavel.

Agradezco también a Androna Elías Calles quien, desde mis más remotos pininos literarios me alentó con entusiasmo y creyó en mí.

Quedo en deuda con todas las mujeres que integran DEMAC por regalarnos la oportunidad de crecer y trascender a través de la escritura.

## I. AYER, DICIEMBRE, ME QUEDÉ DORMIDA

Afuera empieza a clarear. Aquí adentro es de noche todavía. Percibo los sonidos del amanecer que me arrancan del sueño reparador en el que estaba. Ayer, en la última noche de diciembre de 2009, me quedé dormida. Hoy, al empezar enero, me supe de repente habitando el cuerpo de una mujer que hasta el día de ayer era cincuentona. Todavía adormilada, sin siquiera abrir los ojos, tuve la certeza, más allá de toda duda, de que esta mañana sería el inicio de una nueva etapa en mi travesía; el kilómetro cero de un camino jamás recorrido por mí.

Refugiada en la mullida cama que me ha acogido en las buenas y en las malas desde hace tanto tiempo, estreno la luz del día que se va filtrando en la alcoba con una luminosidad diferente. Este amanecer no se asemeja a ningún otro por mí experimentado. Su luz habla un nuevo idioma; transmite a mi vida un significado desconocido. Algo nuevo está llegando.

La mayor parte de mi existencia transcurre en mi estudio al que considero casi como un santuario. Es un acogedor espacio bastante grande impregnado por completo de mí. Este rincón habitado por recuerdos y nostalgias está compuesto por dos ambientes intercomunicados, donde conservo y disfruto de todo lo que me gusta.

Atesoro aquí, entre otras cosas, las fotos de casi todas las etapas de mi vida. Al volver a verlas afloran en mí sentimientos ambivalentes. Algunos son recuerdos de hechos dolorosos y devastadores que todavía lastiman; otras remembranzas son placenteras; sentimientos de orgullo y satisfacción relacionados con la maternidad y

la crianza de mis tres hijos, quienes aprendieron a tirar pa'lante y a ser felices a pesar de los padres que les tocó padecer. Al ver a mis muchachos sanos y entusiastas, libres y productivos, se me refrenda la certidumbre de que todo lo vivido ha valido la pena.

Hojeando los viejos álbumes aparecen recuerdos que no viví y, sin embargo, me pertenecen por ser parte de mis raíces. Estas fotografías desteñidas de puro viejas me cuentan historias tan lejanas como los padres de mis abuelos, de éstos y de mis progenitores.

Anoche me quedé dormida y así, de la nada, sin darme apenas cuenta, desperté en el primer día del inicio de una nueva década; en este enero en el que habré acumulado sesenta años de aprendizaje y vivencias que me validarán una llegada triunfante a la hora de obtener el título de Adulto en Plenitud e incursionar en esta nueva etapa llamada vejez.

Ignoraba que tan sólo unas pocas horas de sueño iban a detonar el inesperado escrutinio personal al que me enfrento. Haciendo este recuento y valoración de lo que ha sido mi paso por este mundo, queda claro que las vivencias del ayer y las dificultades que he tenido que sortear me han hecho llegar con vigencia hasta aquí. De improviso decido, con una seguridad insospechada, que éste es un buen día para empezar a escribir mi historia.

Cuando decidí irrumpir en la modernidad, tuve que hacer a un lado el miedo que me atajaba las ganas de aprender, de saber más cosas. Fue entonces cuando la vida me otorgó el encuentro con Regina. Mi joven maestra, estricta y afectuosa, que me llevó de la mano con paciencia oriental a dar los primeros pasos en la computación. Fue así como el ambiente vecino a mi dormitorio se transformó en estudio.

Los libros, sin los que estaría incompleta, encontraron acomodo en los cinco libreros que tapizan casi por completo los muros del lugar. Al centro coloqué el vetusto escritorio que mi madre, al morir, dejó sin dueño. Sobre éste instaló Alonso, el más pequeño de mis hijos, la computadora que me regaló y la impresora donada

por su padre para la causa. El resto del mobiliario llegó al tanto y como fue pidiendo. ¡Quedó tan padre!

Cuando trabajo en la computadora puedo ver, al frente, la enorme cama que me sabe todos los secretos, con dos burós a los lados. A la derecha se encuentra una ventana por la que veo encharcarse el jardín en las tardes de lluvia y disfruto del impetuoso vaivén de los eucaliptos cuando sopla el viento del norte. Algunas noches, cuando me gana el insomnio, disfruto de la brillantez portentosa de la luna sin siquiera levantarme.

Esta gélida mañana, desde mi cama, puedo disfrutar de una vista extraordinaria: los volcanes que, vestidos con sus immaculados ropajes, tomándose las manos comparten la nieve en el Paso de Cortés.

En la esquina está una televisión pesada y grande que, aunque viejita, todavía funciona a las mil maravillas. En ella disfruto, además de las series que me encantan, películas actuales que suelo comprar o rentar. Todavía conservo un antiquísimo aparato VHS que, de tanto en tanto, me permite remontarme a la época lejana de mi juventud viendo alguno de los añejos filmes que atesoro y me hacen recordar mis viejos tiempos.

En otro rincón del dormitorio tengo el aparato de música que me regaló Juan Pablo, el segundo de mis hijos, y en el cual todavía puedo reproducir mis antigüitos casetes con la música que me despierta la nostalgia.

Nunca he temido un nuevo cumpleaños ni el hecho de hacerme vieja, aunque la contundencia de la certeza cada vez más patente de que la edad se me ha venido encima con vertiginosa rapidez, no deja de moverme el tapete. Considero que toda nueva etapa tiene sus ventajas; el pasar a engrosar las filas de las resignadas portadoras de una credencial del Inapam (Instituto Nacional de las Personas Adultas Mayores) me aportará algunos beneficios económicos y me validará, al menos en teoría, para conseguir un asiento en las combis.

Acurrucada en mi enorme y perezosa cama, percibo el frío inclemente instalado justo ahí, afuera de mi calentito lecho que, desde que me basto yo, no precisa ser habitado por nadie más. En esta mañana típica del invierno en el cerro poblano de La Calera, decido de pronto y sin mucha culpa permanecer resguardada un rato más en mi íntimo refugio. El frío en este amanecer es tan implacable que, en un repentino arranque de estupidez, tengo la peregrina idea de volver a meter a un hombre en mi cama para que me caliente aunque sea los pies.

Al reflexionar en la implicancia de semejante barbaridad, me mando a mí misma al carajo y salto de la cama. Tiritando, llego a mi clóset en busca del mejor paliativo: mi colcha de parches, que al cobijarme conjura mis friolentas intenciones.

Una vez arropada por este magnífico cubrecama, pensado, dirigido y terminado gracias a la paciencia y a los buenos oficios de mi hermana mayor, experta en estos menesteres femeninos y delicados para los cuales me confieso irremediablemente negada, disfruto del agradable calorcito que mi propio cuerpo genera y este cobertor preserva.

Al ver en casa de mi hermana la divina y minúscula colcha ideada y elaborada por ella para el moisés de su primera nieta, me dieron ganas de tener una igual sobre mi cama. Arremetí con no poca insistencia contra la güeva y los ojos cansados de mi carnala hasta que logré convencerla de ser la artífice de tan original cobija.

Llegó a Puebla un día cualquiera y nos lanzamos a El Puentecito, ese enorme almacén situado en el barrio Del Alto donde se puede encontrar desde telas para cualquier uso hasta el más refinado encaje, pasando por estambres, listones, agujas y alfileres, hilos y puterías varias. Ella se despachó con la cuchara grande escogiendo alrededor de dos mil quinientos pesos en la mercancía requerida que, por supuesto, pagué yo. Compramos todo el material en tonos pastel para darle uniformidad al proyecto.

El siguiente paso de tan ambiciosa obra de arte era convocar a amigas solidarias y apapachadoras que supieran tejer y tuvieran cierto grado de cariño por mí para no tener que hacer labor de convencimiento, y así de cada una de ellas surgieran espontáneamente las ganas de contribuir; elaborando, con sus manos expertas, un cuadrito de veinte centímetros por lado, para cuya creación escogerían los colores del material con el que decidieran trabajar. Las puntadas y el diseño correrían por cuenta y riesgo de cada una de ellas para fomentar su propia creatividad.

Tras una preliminar e incipiente convocatoria, se fue corriendo la voz sin que fuera necesario hacer una mayor difusión para conseguir tejedoras. Muchas de mis amigas quedaron encantadas con esta idea tan original, y poco a poco se fueron acercando algunas otras dispuestas a participar y trascender plasmando en mi colcha sus gustos e ideas. Algunas de ellas aportaron tres o más cuadritos, aunque no todos merecieron llegar a la gran final.

Durante muchos meses fui juntando el trabajo de todas, hasta que un buen día la maestra dictaminó que ya no era necesaria la mano de obra y dio por concluida la labor artística de mis amigas. Para ese entonces ignoraba yo que lo más difícil del Proyecto Colcha Chingona estaba por comenzar. El trabajo de selección y ensamblaje se lo recetó por completo mi abnegada hermana, quien rechazó por malhechos e inviables alrededor de cien cuadritos. Tan sólo requerimos noventa piezas para concretar este objetivo que, con el tiempo, ha llegado a ser tan indispensable para mí durante la gélida e inhóspita estación invernal.

Durante esos meses de tan intenso frío, mi cuerpo entra en calor al ser arropado con esta hermosa y original cubrecama. Mi espíritu descansa calentito cobijado por el amor y la amistad de tanta gente cercana a mí. No todas las participantes conservan vigencia en mi existir. Unas, muy pocas, ya murieron; a las que emigraron, les perdí la pista, y algunas otras salieron de mi vida por muy diversas circunstancias dejándome como único recuerdo de nuestro encuentro ese cuadrito hecho por ellas.

Los diestros dedos de mis amigas fueron los responsables de la elaboración de ochenta y nueve pedazos. Tan sólo un cuadrado fue tejido por las torpes e inexpertas manos del hombre que en ese entonces caminaba conmigo, quien, sin oponer demasiada resistencia, mandó al carajo los prejuicios y mansamente tomó en sus manos, por primera y única vez en su vida, estambre y gancho y se propuso aprender. Lo logró medianamente. Mi hermana, en un súbito ataque de parcialidad, se hizo de la vista gorda y le otorgó al trabajo del galán un merecido lugar en mi exclusiva y acogedora colcha de la amistad.

## II. MIS ORÍGENES

Mi bisabuelo y dos de sus hermanos, oriundos de Tarragona, en Cataluña, zarparon de los muelles de su ciudad natal alrededor del año 1860. Descendientes de navegantes desde tiempos inmemoriales, mis ancestros eran marineros experimentados, dueños de una pequeña flota mercante. Se hicieron a la mar en un bergantín de dos mástiles al que llamaron La Querencia para tener siempre presente al terruño que dejaron atrás.

Después de una pequeña escala en las Canarias, arribaron a su primer objetivo: la isla de Cuba. Atracaron en la dársena de La Habana donde, en pequeños botes, desembarcaron las mercancías que tanto apreciaban sus compatriotas asentados en la isla desde mucho tiempo atrás. Grandes cantidades de queso de oveja, jamones, tocino, aceitunas, boquerones, angulas y aceite de oliva fueron desalojadas de las bodegas de la nave; los turrones, mazapanes, mantillas y peinetas eran muy apreciados por la población femenina. Empero, el vino era lo que anhelaban los isleños con mayor fervor, dada la imposibilidad de cultivar la vid en esos lares; el cálido y húmedo clima de la isla era un impedimento para ello. Con la bebida de los dioses los isleños distraían la nostalgia que muchos de ellos aún sentían por su comarca de origen.

La mayoría de los inmigrantes eran de origen castellano, aunque también los había, y en gran cantidad, gallegos y asturianos, vascos y catalanes.

Unas semanas después, tras haber concluido su labor comercial y abastecido las bodegas de la nave, se dispusieron a partir rumbo a su destino final, una América aún desconocida por ellos y que sus

antecesores aseguraban que era una gran fuente de oportunidades. Cuando estaban prontos a zarpar, Enrique, el más pequeño de los tres, se enfrentó a sus hermanos para notificarles que tendrían que continuar el viaje sin él. Había sido flechado por una mulata de muy buen ver quien le cambió los planes. Él se establecería en la isla para formar una familia con Matilde. Acatando la decisión de Enrique y con la tristeza anclada en sus corazones, le dieron la bendición e izaron las velas dejándolo atrás.

Las ansias de aventuras distrajeron el desaliento a los navegantes quienes zarparon de La Habana ignorando que jamás volverían a España. Enfilaron su navegar rumbo a México, donde algunos intrépidos paisanos suyos los habían precedido. Navegando frente a las costas de Veracruz los hermanos Borrell, Juan y Salvador, mi bisabuelo, decidieron remontar el río Nautla y conocer las oportunidades que esa fértil comarca podría ofrecerles.

Descubrieron, en la margen izquierda del río, la colonia francesa de Jicaltepec, fundada hacía poco más de tres décadas. Gratamente sorprendidos, se encontraron ante un exuberante paraíso cuyos habitantes, en buena parte, eran emigrantes galos provenientes de Champlitte, perteneciente al departamento de Haute-Saône en la Borgoña. Entre los que dejaron su patria, algunos querían descubrir nuevos horizontes y hacer producir su capital, mientras que otros, casi todos, vinieron para escapar de la miseria y encontrar de nuevo la esperanza.

En la margen derecha del río, frente a Jicaltepec, mi bisabuelo vio a Francisca por primera vez; era una jovencita de escasos dieciséis años que labraba la tierra. La muchacha, nacida en Francia, llegó diez años atrás, con sus padres y sus dos hermanas en la década de 1850 para asentarse en El Zopilote, pequeña comunidad de franceses emigrados. Ignorante de lo que sería su vida en la América, mi bisabuelo se robó a la francesita para asentarse en el nuevo mundo y formar una familia con la bonita campesina, a quien embarcó en La Querencia contra su voluntad. Recuerdo que

dos de mis tías, hermanas de papá, se jactaban de ser las orgullosas custodias de algunas herramientas de labranza que su abuela francesa usaba cuando se la robó el hombre que sería su marido toda la vida.

Juan, el segundo de los hermanos Borrell, idealista y soñador, se sintió perturbado con el derrotero que había tomado su vida y decidió darle un giro. Se encontraba incómodo con la presencia a bordo de su cuñada, quien, pensaba él, le había cambiado los planes que había hecho cuando salió de su patria. Quedó cautivado por la exuberante belleza de Cabezas, hoy Gutiérrez Zamora, y decidió asentarse en el pueblo donde gran parte de la población era de inmigrantes italianos.

Las tripas de mi bisabuela, quien comenzaba a sentir por el capitán algo parecido al amor, llegaron a acostumbrarse al constante vaivén de las mareas. Siempre práctica y realista, se propuso disfrutar de la vida en altamar. Mis bisabuelos pasaron los siguientes años navegando en las aguas del Golfo de México sin jamás volver a pisar, ninguno de los dos, su respectiva patria. Cambiaron el rumbo a su vida, que transcurría al ritmo que marcaban las olas. Pasaban casi todo su tiempo a bordo, donde les nació su primogénita, a la que nombraron Concha. También bogando, su segunda hija fue gestada.

El capitán se ganaba la vida comerciando con los productos adquiridos en los diversos puertos que tocaban. Cierta día, mientras la tripulación de La Querencia hacía maniobras para fondear en el puerto de Nueva Orleans, mi bisabuela dio a luz a su segunda hija, a quien llamaron Marina, para honrar a la mar.

Pasó el tiempo y la salud de Francisca atravesaba por serias complicaciones debido a un nuevo embarazo. Su marido decidió desembarcar a su prole para establecerla en Cabezas, el mismo pueblo donde su hermano Juan estaba ya muy bien establecido. Pese a su delicada condición y superando la adversidad, mi bisabuela parió una tercera niña: Paca, la primera en nacer en

tierra firme. El capitán pasó muchos meses sin hacerse a la mar, mismos que utilizó para establecer como Dios manda a su cada vez más numerosa familia. Compró una casa en una esquina; por el frente daba a la Plaza de Armas y por el costado, a una callejuela que desembocaba en el río.

Adquirió también, al otro lado del río, un rancho que la madre de sus hijos se encargaría de administrar y hacer producir recurriendo a la experiencia archivada en algún recóndito pliegue de su memoria durante su cada vez más lejana existencia campesina. En el rancho, Francisca hizo instalar un trapiche donde se procesaba la caña de azúcar para la producción de panela y aguardiente. En la actualidad, estas tierras continúan en manos de algún descendiente de los bisabuelos, conservando aún el mismo nombre: El Cacahuatal.

Pasado un tiempo, la salobreña nostalgia del mar le invadió el ánimo al capitán, quien convocó a su dispersa tripulación y decidió volver a lo suyo: el comercio y la mar. Zarpó con la certidumbre de haber dejado sembrada nuevamente su semilla en el vientre de su mujer. Este nuevo vástago vendría a ser, como los anteriores, una hembra a quien su padre sólo conocería meses después de haber aterrizado en este mundo. María nació en el rancho.

La Querencia iba estrenando aperos cuando Salvador retomó su navegar. El bergantín fue calafateado y retocado con muchas manos de pintura. Repleto hasta el tope con los productos agrícolas de la zona, como el tabaco, los cítricos y la vainilla, tan cotizados en el extranjero.

Muy pronto mi bisabuela se dio a conocer en el vecindario por su fortísimo carácter, la determinación para hacer producir la tierra y su capacidad innata de trabajo. Parecía desconocer el cansancio. Desde muy temprano se la veía montada en su caballo fumando un eterno puro. En la alforja de la silla de montar llevaba siempre una garrafa de aguardiente que compartía con la peonada.

Poseía un fuerte carácter de lideresa, tan mandona y contundente que inspiraba un sentimiento a medio camino entre el miedo y el respeto. La gente del pueblo comenzó a llamarla la Madama, apodo por el que sería conocida hasta el día de su muerte. Sus hijos, nietos y demás allegados le hablaban de usted y la llamaban Mamá Lita. Las pocas ocasiones en que papá nos contaba de ella, se refería a su abuela con mucho respeto llamándola la Madama. La casa donde mis antepasados se establecieron por primera vez, aún existe, abandonada y decrepita. En la esquina, el letrero con el nombre de la calle: "Callejón de la Madama".

La Querencia hacía escalas en los puertos de Galveston y Corpus Christi, en Texas, siendo el destino final, Tampa, en La Florida. A su regreso echaba anclas en Nueva Orleans, el lugar favorito de Salvador, quien invertía las mañanas en comprar los artículos que le habían encargado a lo largo de su ruta mercante, desde lugares tan remotos como Progreso, en Yucatán.

Las bodegas de La Querencia se cargaban al límite con muebles y tapicerías francesas, vajillas de Limoges, camas de latón con dosel, cubertería, candiles, ropa de cama de fina seda, brocados y corsés, lienzos y listones para los vestidos de las damas presumidas, aguamaniles y bacinicas pintados a mano y cristal de Baccarat.

En Nueva Orleans mi bisabuelo gastaba sus noches en los más exclusivos tugurios, vestido siempre a la última moda, donde degustaba succulentas viandas que hacían maridaje con excelentes vinos franceses. Siempre se le veía acompañado por elegantes y alegres mujeres de relajada moral. Sus salerosos amigotes eran tan bohemios, borrachos y amantes de la buena vida como él mismo.

Después de una larga ausencia, pasó frente a las costas de Veracruz, donde hizo una parada técnica para entregar pedidos. Aprovechó la ocasión para visitar a sus mujeres, quienes permanecían cobijadas bajo las alas y el cariño de Juan. Remontando el río Tecolutla a contracorriente, echó anclas en Cabezas, donde anhelantes esperaban su regreso para bautizar a María, su cuarta hija.

Antes de embarcarse de nueva cuenta, el capitán dejó a la Madama preñada una vez más. Partió con ánimo de fiesta, creyendo haber conjurado su mala suerte. Esperaba ser, en unos meses, el orgulloso padre del varón tan esperado; ardía en deseos de procrear un ser, portador de un pene, que vendría a refrendar su linaje y continuaría con el negocio.

El capitán reemprendió su travesía enfilándose al sur. Las bodegas de la nave iban nuevamente abarrotadas con las mercancías producidas en el exuberante vergel del norte de Veracruz. En Tabasco embarcaba carne seca y cacao, arroz, plátano, chile habanero y productos derivados de la palma de coco. En Yucatán se proveía del henequén tan apreciado allá, por los rumbos de la Luisiana.

Cuando estuvo de regreso en el pueblo, meses después, mi bisabuelo quedó sumamente consternado al conocer a María Luisa, la quinta de sus hijas, a quien tan sólo echó un vistazo y se rehusó a cargar. Con las expectativas contrariadas, furibundo, azotó la puerta y abandonó colérico el hogar.

Al capitán le dio por tomar del mismo aguardiente de caña que tanto gustaba a su mujer. Con el disgusto enredado en las ganas de vomitar, el intrépido y resentido navegante cayó en las garras de una tenaz borrachera que lo retuvo en la cantina varios días.

La Madama se sintió culpable por no haber podido dar a su hombre el tan esperado heredero. El desamparo se le acuarteló en el alma cuando el capitán la despreció en el lecho; le escatimó el placer carnal que ella tanto disfrutaba durante las esporádicas visitas de su hombre. Su apetito se quedó con hambre.

Cuando finalmente Salvador desechó el desmadre y renunció a la parranda, volvió al hogar para recoger su equipaje y echar un último vistazo a su femenina prole. La Madama, con la sexualidad siempre a flote, recurrió a sus encantos y se recetó al capitán antes de su inminente partida. A mi bisabuelo le ganó la risa y la hormona y, disfrazado de perdonavidas, se dejó querer y aceptó los mimos de su fogosa consorte. Mi bisabuela, feliz de ver a su

amado otra vez blandito, acudió a despedirlo a la orilla del río donde había quedado fondeada La Querencia.

Salvador Borrell, mi bisabuelo, se hizo a la mar ignorando el estado de gestación que había provocado en su mujer. Desconocía también que esta vez el tan ansiado varón a quien no llegaría a conocer, estaba en camino.

Unos meses después, cuando mi bisabuela contaba ya con siete meses de embarazo, fue requerida con urgencia en el puerto de Veracruz, donde su marido yacía gravemente enfermo, víctima de las fiebres que contrajo frente a las costas de Campeche. El rápido avance del cólera impidió a la tripulación llevar a su capitán a casa; en el puerto de Veracruz se vieron forzados a ponerlo en manos de las autoridades portuarias de sanidad, quienes debido a la virulencia de la fiebre ya no pudieron hacer nada por él. Naufragando en el delirio, mi bisabuelo, el navegante, perdió su última batalla.

Cuando, después de varios días de fatigado viaje, mi bisabuela supo la noticia del deceso del capitán, se desplomó compungida en un catre y lloró, sin grandes aspavientos, unas lágrimas contrariadas, unas lágrimas de orfandad.

La Madama no pudo ni siquiera despedirse de su hombre. Los restos del capitán yacían, junto con otros cuerpos infectados, en una fosa común sellada con cal. Francisca sucumbió ante la profunda pena de tener que soltar a su hombre sin haber podido despedirse de él. Prometió, frente a su tumba, que velaría por los hijos de ambos sin perder el rumbo.

Con el corazón transido de dolor mi bisabuela emprendió el camino de regreso a un hogar que ya nunca recibiría las esporádicas visitas del capitán.

Semanas más tarde, ya en casa, la Madama rompió fuentes y comenzó el intensísimo proceso del alumbramiento. Supo, por primera vez, lo que era parir con dolor; la necia criatura se rehusaba a abandonar el calentito y confortable vientre materno. Los

decires del vecindario cuentan que ésa fue la única vez que vieron quebrarse a la Madama.

Finalmente, entre sustos, rezos y conjuros, se instaló en la vida el caprichoso heredero a quien, por supuesto, llamaron Salvador. Halagada, Francisca recibió en su regazo al tan esperado varón, a ese hijo que llegó a justificarle la existencia. La Madama se sintió, por fin, recompensada y absuelta. Mi abuelo Salvador, el hijo póstumo del capitán, sería criado con melindres y tolerancias excesivas por parte de su madre y sus cinco hermanas mayores.

### III. EL OTOÑO SE INFILTRÓ EN MI CAMA

La mañana que apenas empieza despertó nostálgica; afuera no para de llover. Hace ya varios días que no veo la luz del sol. ¡Cómo me gusta esta época!

El otoño se infiltró en mi cama, desde donde observo, una vez más, cómo el enjundioso viento del norte sacude implacable los eucaliptos del encharcado jardín. Noto, al despertar, que el tufo enmohecido y agrio de la nostalgia impregna el ambiente. Haciéndome la remolona decido, exenta de toda culpa, permanecer un rato más en mi comfortable lecho. Me envuelvo en las calentitas sábanas de franela y me quedo arrebujada bajo la colcha de parches urdida con el cariño y la amistad de mis amigas solidarias. En un inesperado ataque de añoranza, cobijada por los recuerdos, me pongo a divagar.

Sumergida en un estado de duermevela me veo a la edad de nueve años, cuando mis hermanos menores, los cuates, tenían tan sólo un año y percibía yo el ambiente tenso de mi casa aunque ignoraba la razón.

Mi madre estaba gravemente enferma de tuberculosis, padecimiento en ese entonces muy contagioso y casi siempre fatal. Junto a la casa vivía el doctor Gómez Martínez, médico muy reconocido en Xalapa. Una íntima amistad había surgido entre su familia y la mía. El galeno decidió ignorar la rigurosa norma de informar a las autoridades sanitarias y ordenó aislar a mamá en la segunda planta de la casa, apenas en construcción. Cada médico tenía la orden expresa de notificar a Salubridad todos los enfermos de los

que tuvieran conocimiento para ser remitidos al flamante hospital construido ex profeso para los tuberculosos en el cerro de Macuiltepec, situado en pleno bosque en las afueras de la ciudad. El buen doctor y amigo entrañable arriesgó su carrera médica en aras de la amistad.

A mí, a mis seis hermanos y a los seis hijos del galeno, amigas y compañeras nuestras, nos ocultaron lo que estaba sucediendo; nosotras ni siquiera nos percatamos de que mamá habitaba en el segundo piso de nuestra propia casa. Nos mantuvieron en la ignorancia para evitar así que fuéramos a soltar la sopa en la escuela y se corriera la voz. Supe, por primera vez en mi vida, lo que era el pánico. Me sentí perdida al creer que mamá jamás volvería y que quizás había muerto. Pensé que yo, siendo de las mayores, tendría que ayudar a cuidar de mis hermanos pequeños.

Con el paso del tiempo, cuando la enfermedad remitió, fuimos notificadas de que mamá se encontraba en el segundo piso y que, gracias a la efectividad de la recién descubierta penicilina, mi madre había logrado sobrevivir. Y sí, cuando mamá, después de muchos meses, se reintegró a la vida familiar, no tuve más remedio que hacerme cargo del cuidado de mi único hermano varón, el cuate; mi hermana mayor cuidó de la pequeña gemela.

Pasaron casi dos años, y mi madre, delicada aún, precisaba de cuidado y reposo, por lo que le era imposible atender a sus siete hijos. Mis padres decidieron deshacerse de sus tres hijas mayores por un tiempo y encontraron la solución ideal en el colegio América de Puebla, a donde llegué a cursar el sexto de primaria. Caí derecho bajo la estrictísima supervisión y tutelaje de la madre Luz y el eterno tronido de su chasca.

Acuden a mí los recuerdos dolorosos de cuando, a los once años, saltar fuera de la cama no era una opción sino lo único que mi cuerpo maltrecho podía hacer a las seis de la mañana, cuando las monjas del internado hacían sonar el monstruoso timbre con el que nos despertaban cada día.

“¡Viva Jesús!”, era lo primero que oíamos al despertar. Semidormidas y con enorme fastidio respondíamos: “¡Muera el pecado!” De esta manera iniciábamos la jornada de la mano del estrés y con el susto pegado a los huesos.

Año de 1962. Era muy temprano en la madrugada de un día de clases cualquiera. Sin prender las luces de los dormitorios, irrumpió el monjerío apanicado y, con sigilo, procurando hacer el menor ruido, fuimos despertadas. Cautelosamente nos condujeron en pijamas a los camiones de transporte escolar que aguardaban por nosotras en el patio de la escuela.

Nosotras, las internas, no entendíamos lo que estaba sucediendo. En el camino a no sé dónde, nos contaron las monjas que los estudiantes comunistas de la Universidad Autónoma de Puebla tomaron por sorpresa las instalaciones del colegio Benavente, donde algunos miembros del Frente Universitario Anticomunista habían quedado seriamente heridos. Agregaron que, muy probablemente, seguirían tras el botín principal, nuestro querido colegio lleno de jovencitas ingenuas, virtuosas y apetecibles. La directora contactó a algunas pudientes familias de la sociedad poblana, quienes piadosamente nos ofrecieron acomodo en los salones de sus residencias, donde habían colocado colchones y mantas en el suelo. Encogidas, nos apretujamos para arroparnos el miedo por unas horas.

Después de pasar dos periodos escolares en ese infierno, regresé al terruño. Tenía trece años y llegué a cursar el segundo de secundaria.

Al poco tiempo de haber vuelto a casa, sufrí mi primer acceso de asma. Mi madre padecía la misma enfermedad y yo estaba familiarizada con los síntomas. Este primer ataque fue tan contundente que, de inmediato, me llevaron con el doctor Gómez Martínez, nuestro vecino, quien me aplicó, por vía intravenosa, una ampolleta de adrenalina. Fueron tantas las veces que violaron mis venas que éstas, con el tiempo, colapsaron. Desde entonces, me da pavor que me saquen sangre.

Es tan grande el miedo, que dejo pasar muchos años sin hacerme ningún tipo de revisión médica; cuando no queda otro remedio y los estudios se vuelven imprescindibles, acudo al laboratorio acompañada por al menos dos personas para que me sostengan, tranquilicen e impidan que salga corriendo. Algunas veces, y recurriendo al equipo de extracción infantil, los técnicos tardan más de una hora en encontrar una vena viable.

En un principio mis crisis asmáticas fueron atribuidas a la inclemente humedad imperante en Xalapa. La ropa de cama, los abrigos, los libros y absolutamente todo está saturado del incomodo olor a humedad. Las prendas de piel, después de un tiempo de estar guardadas y sin uso, se tornan inservibles por los hongos.

Con el tiempo fui entendiendo que este padecimiento es una de tantas enfermedades llamadas psicósomáticas. Cada vez que experimentaba una emoción fuerte, ya fuera de regocijo o de pena, surgía una nueva crisis más grave que la anterior. Durante los primeros años de padecer estos ataques, permanecía en casa hasta su remisión; con el tiempo, debido al incremento de su gravedad, debieron ser atendidos en el hospital. No puedo recordar cuántos nosocomios conocí, ya que dos o tres veces al año tenía que ser recluida en uno. Juntando los meses que pasé hospitalizada se sumarían como dos años y medio de postración.

Después de algún tiempo nos mudamos al Distrito Federal. Tenía yo dieciséis años y cursaba la preparatoria. En cierta ocasión, cuando por fin fui dada de alta en el hospital, tuve que permanecer en cama todavía tres meses más. Ya en casa, me acondicionaron el lecho donde, sentada al borde de la cama y recargada en cojines, mis pulmones se las arreglaban para inhalar y exhalar con eficiencia mediocre. Pasé dos días sin dormir y mi cerebro sin oxígeno ni descanso comenzó a desvariar hasta perder la cordura.

Mis padres, asustados y sin saber qué más hacer, recurrieron a la hipnosis. Recuerdo estar sentada en la orilla de la cama, los pies colgando y mis codos sobre las rodillas; el doctor, desde la

cama de enfrente, me hablaba. Su voz susurrante me serenaba transmitiéndome una paz indescriptible; me sentía flotar, como si estuviera bien pacheca. De repente, ¡cuaz!, azoté en el piso cuan larga soy. Allá, a lo lejos, escuché muy tenuemente la voz alarmada de mamá, quien creyéndome desmayada se empezó a inquietar.

El doctor les aseguró a mis padres que simplemente estaba dormida; me subieron a la cama y sólo así, hipnotizada, logré dormir algunas horas. Al despertar, mi cerebro había retomado el contacto con la realidad.

Me trasladaron al cuarto de mis padres por la cercanía con el baño, que estaba a escasos siete pasos del lecho; tardaba yo unos diez minutos one way en alcanzar el W.C., ya que a cada paso que daba tenía que parar y reponer fuerzas. No le permitía a mamá ponerme el cómodo, le costaba mucho trabajo levantar mi enorme humanidad y cada vez la veía yo más cansada.

Mis compañeras de la prepa, solidarias, se turnaban para llevar a casa los apuntes y tareas de cada jornada, mismos que mamá copiaba en mis cuadernos con su hermosa caligrafía; también me leía las lecciones para que no me atrasara ni perdiera el año escolar. ¡Lo logramos!, juntas pasamos a tercero de prepa.

Mamá acondicionó un sillón cercano para medio dormir sin quitarme el ojo de encima. Algunas veces despertaba yo en la madrugada y la veía ahí, semidormida, incómoda y exhausta. Al ver su fuerza y aguante, me sentía culpable por causar en ella tanta preocupación y desvelo.

Desesperaba por aliviarme pronto y devolver a mamá su lecho en el que podría reposar a gusto. A veces llegué a percibir, detrás de la abnegación de mamá, un dejo de culpabilidad por haberme heredado este padecimiento tan cabrón. Las crisis asmáticas que mamá padeció nunca fueron, ni remotamente, tan graves como las mías; jamás fue necesaria su hospitalización.

Nunca, antes de ahora, me puse a pensar cómo se las arregló mi jefa para pasar tanto tiempo atendiendo mis necesidades, ir al

súper, administrar la casa y vigilar a mis cinco hermanos menores, quienes, durante mis postraciones, la pasaban poca madre; mis carnalas tuvieron, a diferencia de mí, la libertad de experimentar con la vida a sus anchas; mi jefa carecía del tiempo suficiente para llevar a cabo el meticuloso escrutinio al que solía someternos. Casi toda su atención estaba centrada en mí.

Muchas horas de mi vida las pasé intentando meter algo de aire en mis pulmones y, a pesar de haber padecido tanto, saqué algo positivo de esa etapa literalmente asfixiante. El haber tenido que permanecer quieta y guardada por tanto tiempo me llevó a descubrir el gozo enorme que me producía la lectura, un placer del que ya no podría prescindir.

¡Mamá cuidó de mí durante tantos años!... Me atendió con amor, dedicación y esmero; jamás la oí quejarse. En ese entonces me hice una promesa que cabalmente cumplí: si no quedaba frita en alguna de mis crisis respiratorias, retribuiría a mi madre, cuando sus circunstancias así lo requirieran, todo lo que había hecho por mí.

Cuando mamá quedó sola, ya viuda y vieja, tuve la oportunidad de cumplir mi promesa. Me mantuve siempre cerca; le administraba sus bienes y cuidaba de su alimentación y salud. Vi por ella hasta el último día de su vida. No fue ninguna sorpresa para nadie cuando, después de su muerte, aparecía yo como albacea en su testamento.

Tenía yo cerca de diecinueve años cuando terminé la prepa. Rocío, la cuarta de mis hermanas, y yo, la segunda, nos acercamos como nunca antes lo habíamos hecho. Mi hermana mayor tenía ya dos años de casada y María Elena, la tercera, estrenaba su primer marido; luego vendrían algunos más. Rocío fue prácticamente el jamón del sándwich al estar justo en el medio de los siete hermanos. Yo la sentía como aplastada entre nosotros, ya que tenía tres hermanas mayores y otro tanto por debajo. Imagino que ésta fue la razón por la que siempre se la percibía inadecuada e insegura.

El color que mejor se adecua a su personalidad es el gris. Aunque fue bonita, nunca sobresalió en nada, salvo en el canto, actividad a la que la induje. Cada día cantábamos durante largas horas; con la práctica tenaz, ella llegó a adquirir un timbre de voz cálido y reconfortante. Resultó poseer una memoria musical excepcional.

¡Yo sentía a esa hermana tan falta de carácter! Era como un cachorrito desamparado. Me conmovía su inseguridad y su no saber para dónde jalar. Siempre la defendí contra todo y contra todos, y llegué a quererla mucho más que a una simple hermana. Compartíamos la misma recámara donde, encuerándonos el alma, nos hacíamos confidencias; conversábamos acerca de nuestros sueños y frustraciones. Creía yo, en ese entonces, tener con ella una relación fraternal plena y feliz, digna de causar envidia a más de una familia.

No sé si el liderazgo nació conmigo o si lo desarrollé para hacerme notar por mis padres; lo asumía siempre que lo permitía el prójimo y, la verdad, fui muy buena en ello. Cuando lo ejercía, solía ser perfeccionista y muy mandona. Quizá por eso Rocío no tuvo dificultad en cobijarse bajo mis alas.

Muchos años después llegué a saber que ella albergaba en su interior emociones encontradas respecto a mí. Envidia, coraje, celos; un ligero sentimiento de admiración quedaba nulificado al desear, por sobre todas las cosas, poseer justo lo que yo tenía, necesitaba adueñarse de mis logros. Carecía por completo de metas propias; ella hacía suyos mis objetivos personales y mis planes.

Juntas formamos un dueto musical perfecto al que Mayo bautizó como Dos poemas y una canción. Nuestro dueto gustaba a casi todos los que lo escuchaban, tanto así que un reconocido comentarista de aquella época nos invitó a cantar en su programa: Sábados con Saldaña. Algunas veces cantamos también en la radio.

Conocí a Maylo, mi eterno enamorado, en los jardines de la Ibero, cuando Rocío y yo nos acercamos a un grupo de estudiantes que se encontraban enfrascados en componer los cánticos religiosos para la misa de los jesuitas que se llevaba a cabo los domingos en San Ángel.

Los encargados de esta tarea eran los integrantes de la estudiantina de la universidad, todos varones. Al platicar con ellos, supimos que el coro no contaba todavía con voces femeninas y, tras pasar la prueba de fuego en la que nuestras voces fueron evaluadas, fuimos invitadas a participar en el ensamble de voces. Quedaron encantados con las dos primeras integrantes femeninas, dos guapas jovencitas simpáticas, entonadas, disponibles y de muy buen ver.

Maylo era en ese entonces músico, poeta y loco; ahora, ya medio famoso, ha decidido prescindir de la locura por tiempo indefinido y se encuentra dictando cátedra en diferentes universidades de Estados Unidos. El director de la estudiantina en ese entonces era Eduardo Escalante, quien a la postre sería mi marido.

Finales de los años sesenta. Vivíamos en el Distrito Federal, en la colonia Campestre Churubusco. La casa estaba tan sólo a una cuadra de la Ibero, a donde me inscribí en la carrera de idiomas; una predisposición sorprendente para hablar otras lenguas venía en mi mochila cuando llegué a este mundo. Mientras tanto, hacía labor de convencimiento con mis padres para que me permitieran estudiar lo que hasta la fecha me apasiona: antropología social y etnología.

El museo de Antropología era, en ese entonces, el lugar con el plan de estudios más acorde a mis preferencias. Como la instrucción en ese plantel era vespertina, de cuatro de la tarde a diez de la noche, mis papás jamás lo permitieron; alegaron que ninguna señorita decente anda sola por ahí a esas horas, tan lejos de su casa. Mamá me decía que “mientras ellos tengan su conqué, y tú, tu pordónde”,

era su obligación cuidar el tesorito de sus hermosas hijas para que, en su momento, llegaran al altar en estado inmaculado. ¡Cuánta pendejada!

Contaba yo con veintiún años cuando por primera vez me asaltaron las ganas de conocer el mundo. El pretexto: estudiar inglés. Después de un año de estudiar idiomas y conseguir notas sobresalientes, decidí probar suerte. Previendo la contundente negativa, me armé de valor y hablé con mis padres. Por supuesto, se negaron. Pretextando su enorme preocupación por mi salud me dieron un no rotundo.

Tras una enorme labor de convencimiento y manipulación conseguí permiso y dinero para pasar diez largos meses en Inglaterra. ¡Me cae que yo tenía las mejores intenciones de aprender y ser buena chica!, pero no contaba con que el destino, siempre metiche, le torcería el rumbo a mi vida acercándome por primera vez al amor. Mis padres, con rostros compungidos, me otorgaron el financiamiento y la bendición permitiéndome desplegar las alas.

Una fría mañana de primavera me embarqué rumbo a la gran aventura de mi vida; la que me permitiría ejercer por primera vez la libertad. El viaje a Inglaterra fue el primer gran parteaguas en mi vida. Este hecho fue el detonante de la animadversión de Rocío hacia mí. Cierta día me echó en cara con rabia y enjundia que utilicé mi enfermedad para manipular a mis padres y conseguir los privilegios que a ella le fueron negados.

Unos meses antes de que iniciara yo ante mis padres las gestiones de persuasión para concretar mi viaje, ella trató en vano de conseguir la aprobación y el financiamiento de nuestros papás para pasar un año en Perugia, estudiando italiano, pues para eso sí servía. Rocío no lo logró; ignoro los motivos.

Es estúpido pensar que yo, por voluntad propia, haya recurrido a tanto sufrimiento para conseguir atención y cariño. Sin embargo ahora, después de tantos avances en el estudio de los padecimientos

psicosomáticos, la idea de la manipulación inconsciente del entorno a través de la enfermedad ya no me parece tan descabellada. Todo el tiempo y la atención que me dedicaron mis padres, en especial mamá, causaron en Rocío un gran resentimiento hacia mí. Se sintió tan desabrigada e indefensa que más tarde se lo cobraría con creces.

## IV. EL ROPAJE QUE ME DEFINE

Esperanza es el nombre que papá eligió para mí. Me llamo Esperanza y mi nombre no acaba de gustarme; me desagrada su sonido aunque su significado sea alentador. La esperanza conduce a la raza humana a perseverar. Otorga a los desalentados la fuerza para continuar y la paciencia para seguir adelante con la certeza de que la pena por la que atraviesan tendrá un fin, ya que no hay mal que dure cien años.

“¡Esto también pasará!”, nos decimos al cobijarnos en la seguridad que nos brinda la esperanza.

Algunas veces, a lo largo de mi vida, llegué a pensar que me hubiera gustado que me nombraran de otra manera. Disfruto fantaseando con la peregrina idea de que, de llevar algún otro nombre, mi vida hubiera sido distinta.

Después de sesenta años de ser llamada así, he llegado a conformarme con la imagen de este nombre. Lo más probable es que la costumbre me haya llevado a sentirme más o menos cómoda vistiendo este ropaje que me identifica, me define y representa. Estoy tan acostumbrada a este mote que no acierto a elegir de qué otra forma preferiría ser llamada. A estas alturas de mi vida me encuentro finalmente resignada y hasta he llegado a tomarle cierto cariño y apego a mi nombre.

Mi abuelo ya era huérfano cuando llegó a la vida en el pueblo de Cabezas (hoy Gutiérrez Zamora). Pocos meses antes de su nacimiento, falleció su padre, víctima de las fiebres, en el puerto de Veracruz. El varón esperado tanto tiempo por mis bisabuelos fue, por supuesto, nombrado como su antecesor: Salvador

Borrell y pasó a ocupar el segundo puesto en el linaje del marinero catalán.

Al ser precedido por cinco hermanas, mi abuelo pasó su infancia entre mujeres, quienes lo hicieron el objeto de sus mimos y malas crianzas. Consentido en exceso, mi abuelo creció siendo el reyezuelo de su entorno.

La Madama, mi bisabuela, envió a su vástago adolescente a estudiar a Francia con el fin de sacudirle a su hijo lo ranchero.

“Hay que refinar a este muchacho”, decía. Sin importar lo que costara, fue inscrito en La Sorbona, donde se le quitaría lo bruto y harían de él un hombre trabajador y responsable.

Tarea inútil. Mi abuelo estaba ya echado a perder sin remedio. La bohemia se le instaló en el ánimo a Salvador, quien llevaba una vida inútil y muy divertida. Durante sus múltiples viajes se dio tiempo para visitar a la gran familia que su madre tenía en Francia. Por sus parientes galos, la Madama llegó a saber que su hijo, en quien tenía depositadas todas sus ilusiones, jamás había pisado siquiera la universidad, y que parrandeaba de lo lindo gastando en alcohol y mujerzuelas todo el dinero que de ella recibía.

Cuando la noticia de la vida disipada de mi abuelo llegó a oídos de su iracunda madre, ésta ordenó su inmediato regreso. Bastaron tan solo unos meses para que mi bisabuela, quien tenía tan desmesuradas expectativas para el futuro de su heredero, quedara desencantada y con las ilusiones descalabradas. Al poco tiempo de haber desembarcado, mi abuelo, con buena voluntad y sin malicia alguna, les dio en la madre a los planes de su progenitora.

“De ser ranchero, ni hablamos”, dijo Salvador a su madre, quien ya para ese entonces había amasado una fortuna considerable. Mi abuelo decidió quedarse con el barco siguiendo los pasos de su padre. La Querencia se conservaba en excelentes condiciones gracias a la tenacidad de Francisca, quien para distraer a la nostalgia se había encargado de mantenerla a flote. La nave continuaba realizando

viajes ocasionales al mando de Felipe, el timonel, quien permaneció fiel a la patrona.

Además de holgazán, mi abuelo era listo. Rápidamente aprendió de Felipe, a quien la Madama había rogado introducir a su hijo en los tejes y manejes de la navegación. Al concluir la enseñanza, el timonel se puso a las órdenes del vástago de su difunto patrón y juntos se hicieron a la mar.

Reinició el comercio que quedó en el limbo a la muerte de su padre. Mercadeaba en los mismos puertos en los que su predecesor lo había hecho. En algunos de estos fondeaderos fue reconocido por los mismos marchantes, ya viejos, con quienes el capitán había comerciado; éstos lo acogieron con cariño y lo pusieron al tanto de las correrías y destrezas del excelente capitán que había sido su padre.

Salvador Borrell II quedó encantado con el oficio. Se sentía como pez en el agua capitaneando La Querencia, el mismo bergantín que trajo a su padre de Cataluña. Supo aprovechar las ventajas que el viajar le otorgaba y poco a poco fue retornando a la vida bohemia y libertina que con anterioridad llevara en el viejo continente.

Al escribir esto me pregunto: ¿qué tipo de reflexiones habrá tenido mi abuelo por llevar el nombre de su progenitor? El hecho de llamarse como su padre, ¿le significaba una carga difícil de sobrellevar o se sentía orgulloso de ser el portador indiscutible de la estirpe paterna? El gusto que sentía al surcar los mares ¿le fue heredado por su progenitor o acogió esta profesión para compensar el infortunio y desengaño de Francisca, su madre? La vida bohemia y aventurera —tan similar en muchos aspectos— que llevaron tanto el padre como el hijo, ¿se debió al poder de los genes? Lo más seguro es que a mi inquieto abuelo jamás se le hubiera ocurrido ponerse a reflexionar en estos asuntos.

Pasaron los años y mi bisabuela, ya avejentada, comenzó a sentir la necesidad de tener a su hijo más cerca; lo instaba a asentarse, a pasar más tiempo en tierra firme y a buscar una mujer con quien

formar una familia. Mi abuelo, rejego, se negaba a cooperar. No se convencía de abandonar esa vida parrandera, cómoda y sin compromisos.

La Madama, por supuesto, era ya abuela de los nietos aportados por algunas de sus hijas mayores; sin embargo, estos niños no eran para ella tan importantes. Sus nietos de a de veras, los carnales, serían los engendrados por su único hijo varón, mi abuelo.

Cuando Salvador conoció a la que sería su esposa, quedó prendado de su renombrada belleza y empezó a hacerle la corte. Ella moraba con sus padres y hermanos en un rancho en las inmediaciones del pueblo de Tecolutla, distante unos diez kilómetros de Gutiérrez Zamora. La familia de Josefa, sin vivir en la abundancia tampoco padecía de escasez; ellos llevaban una existencia cómoda subsistiendo de los productos que la tierra les brindaba.

Josefa Álvarez Veccheria, mi abuela, tenía roto el corazón cuando mi abuelo empezó a rondarla.

Eran los albores del siglo xx y el país escasamente contaba con caminos. Gran parte de las mercaderías eran transportadas por vía marítima. El puerto de Tecolutla gozaba de un considerable movimiento naval; tenía la capacidad para recibir barcos de gran calado procedentes de lugares cercanos, como las Antillas, o más remotos, como el continente europeo. En una nave con bandera cubana arribó, cierto día, un marinero del que mi abuela se prendó. Después de un tiempo de noviazgo, éste le propuso matrimonio.

El miedo a encontrarse lejos de su familia y enfrentar sola los retos de una nueva vida en un país desconocido, llevó a mi abuela a rechazar los embates amorosos de aquel hombre que era su primer amor y quería hacerla su esposa. Josefa lamentaría esta decisión por mucho tiempo. El marinero, desencantado, jamás volvió a buscarla. Mi abuela quedó atorada entre el arrepentimiento y la añoranza.

La Madama, dueña de una inaudita visión para los negocios, era ya una matrona muy rica. Poseía, además del Cacahuatal, legado

por el difunto, cuantiosas tierras habidas con el producto de sus años de arduo trabajo y tenacidad.

Su hijo, Salvador, era uno de los mejores partidos de la zona. Aunque feo, era dueño de una personalidad arrolladora y heredero de una considerable fortuna. Uno de sus mayores encantos era el de ser un excelente conversador.

Durante las tertulias, la gente escuchaba embelesada las narraciones que, con frecuencia, él mismo había protagonizado. Sus escuchas quedaban al tanto de los chismes de la política porque él, de eso, sí entendía. Las vidas secretas, los amores y desencuentros de la nobleza europea eran ventilados sin misericordia por la indiscreción de mi ancestro. Narraba con sorprendente nitidez las aventuras que otros le habían contado. Hacía fantásticas descripciones, muchas veces exageradas, de lugares exóticos que ni siquiera conocía. Sus interlocutores decían que, de no haberlo conocido desde su nacencia, podrían jurar que mi abuelo era oriundo de aquellos remotos parajes.

Mi abuelo fascinaba a las jovencitas con la elegancia y distinción de los modales adquiridos durante su larga estancia en el viejo continente. Las mozas casaderas se lo disputaban sin disimulo, cautivadas por su amena charla, su encanto y por la riqueza que heredaría de su madre.

Josefa se mostró renuente ante los avances amorosos de mi abuelo. Pero, como en esa época la obediencia a los padres era incuestionable, no tuvo más remedio que doblegarse ante la tenacidad de sus progenitores y, siguiendo sus órdenes, desposó a mi abuelo, a quien en un principio no profesaba amor o cariño alguno y no tenía empacho en confesarlo. Su corazón seguía al vaivén de las olas, en un barco que navegaba con bandera cubana.

Para albergar a su flamante esposa como se debe, Salvador hizo construir la que sería, sin lugar a dudas, la mejor casa de la zona; una magnífica residencia de material y de dos plantas que dura hasta el día de hoy. Coronando el alto portón de madera de

la entrada principal se encuentra un rosetón de piedra con las iniciales S.B.

Cuentan que la casa se fue convirtiendo en un extravagante alarde de exquisiteces procedentes de todas partes del viejo continente. Ropa de cama de seda, cortinas de brocado y candiles franceses; derroche absurdo de lujos superfluos que el capitán obtenía en el puerto de Nueva Orleans. Cristal de Baccarat, vajilla de Limoges y cubiertos de plata... Toda clase de objetos ostentosos fueron llenando de afectación la casa de los recién casados. Las vecinas, envidiosas, se presentaban con cualquier pretexto en la lujosa residencia para ver las últimas novedades traídas por mi abuelo desde la Luisiana y tener así, a la hora del chismorreo, tema de conversación para varios días.

La casona ya no está en manos de la familia; mis abuelos y la numerosa prole, que crecía sin parar, tuvieron que desalojarla para hacer frente a una enorme deuda adquirida por la Madama, a quien le dio por jugar.

El lujo y el dispendio empezaron a gustarle a mi abuela a la que, después de sus esponsales, la gente comenzó a llamar "doña Pepa". Josefa se sentía importante y a sus anchas con la opulencia recién adquirida. El giro inesperado que había tenido su existencia fue diluyendo los restos de la añoranza que aún tenía por su contrariado amor, allende el mar. El tiempo que todo lo cura otorgó el olvido a doña Pepa, quien con resignación y ganas aprendió a querer de veras a su esposo.

Después de los esponsales, y tras haber pasado año y medio en tierra firme, la picazón por volver a su vida aventurera le invadió el ánimo a mi abuelo, quien se vio asaltado por las ansias de sentir otra vez en su rostro la caricia del viento marino. Precisaba también de abrazos nuevos que le rondaran la piel. El capitán retomó la navegación después de haber bautizado a su primer hijo, quien, por supuesto, fue llamado Salvador. Mi padre pasó a ocupar el tercer lugar en el linaje familiar, continuando así con la tradición.

Mi abuelo, orgulloso y sumamente satisfecho con su primogénito, dejó cómodamente instalada a su nueva familia en la espléndida residencia y se hizo a la mar sin saber que su mujer ya albergaba en su vientre a la que sería su primera hija.

Doña Pepa aborrecía el sexo. Éste representaba para ella un verdadero sacrificio del que opinaba era un mal necesario para ejercer la maternidad y conservar el estatus en su vida. Se sintió aliviada e internamente agradecida cuando su marido se embarcó. Podría pasar muchos meses disfrutando del lecho sin tener que satisfacer las exigencias carnales que el desmesurado apetito de su hombre requería, en un principio hasta dos veces diarias. Se sentía dichosa ante la expectativa de dormir a sus anchas sin padecer la humillación que su esposo le imponía con lo que ella consideraba esos cochinos embates.

“¡Para descansar y parir los chamacos fue hecha la cama, coño!”, decía mi abuela. Las piruetas circenses que su marido tanto disfrutaba significaban para ella la degradación más grande que toda mujer debía soportar en el matrimonio.

El capitán se dio maña y, con destrezas añejas, dejó preñada a su mujer cantidad de veces, aunque sólo once chamacos llegaron a término y sólo diez sobrevivieron.

Durante este su primer viaje después del casorio, mi abuelo conoció a la mujer que sería su amante durante varios años. Fue probablemente en La Habana donde Salvador conoció a la estrella más brillante del mundo de la farándula. Esperanza Iris era en esos tiempos la primerísima actriz de opereta y zarzuela en México, Cuba y Sudamérica. No había nadie como ella para lucirse en el tablado.

Salvador quedó hechizado por la alegría de vivir y el talento artístico de la Tiple de Hierro. Fascinado con la desenvoltura y el desparpajo de la Reina de la Opereta, mi abuelo, el hombre de mundo, con persistencia y enjundia, comenzó el asedio. Ella, Esperanza Iris, rejega en un principio, se doblegó ante la insistencia

y acabó cediendo a los requerimientos amorosos de mi abuelo y, sin prisas, se dejó querer.

Mi ancestro estaba dichoso de haber logrado esta última conquista. El hecho de ser visto por doquier con tan controversial personaje le agregaba estatus a su existencia y le daba un plus a su ego ya de por sí abultado. Esperanza Iris sería retratada por el famoso pintor Joaquín Sorolla y condecorada en España por el rey Alfonso XIII.

Después del deslumbramiento inicial, mi abuelo Salvador se fue enamorando cada vez más de su amante. Quedó a tal grado enredado en las redes que él mismo tejió, que llegó incluso a cambiarle el nombre al longevo navío testigo de tantas aventuras, el mismo en el que su padre dejó para siempre Tarragona, su tierra natal, muchos años atrás. Cuentan mis tías que el mote La Querencia quedó sepultado bajo abundantes capas de pintura sobre las que el enamorado capitán plasmó la nueva designación del barco mercante La Esperanza. En esta nave mi abuelo y su célebre amante se dieron la gran vida viajando tan a menudo como los compromisos artísticos de su querer lo permitían. Visitaron varias veces el viejo continente, donde le daban vuelo a la hilacha durante los reventones bohemios en los que participaban.

La gran fortuna de la Madama, misma que guardaba en un inmenso baúl de cuero situado debajo de la escalera en la casona familiar, fue menguando hasta casi desaparecer.

Cuando, después de una larga ausencia, mi abuelo tuvo a bien visitar a su familia, se encontró con que su primogénito ya balbuceaba sus primeras palabras. Grande fue su sorpresa al saber que Josefa, durante su ausencia, había dado a luz a su primera hija, una hermosa pequeña que esperaba el arribo de papá para ser bautizada. Sin dudarle un solo instante, Salvador le escogió el nombre.

“¡Esta niña se llamará Esperanza!”, decretó mi abuelo con determinación, pensando quizás que ésta sería la manera ideal de honrar a su querida.

Doña Pepa, quien ya estaba al tanto de los amoríos de su marido con la virtuosa actriz, fue incapaz de interponer objeción alguna. Los cánones de la época señalaban que el jefe de familia tomaba, incondicionalmente, las decisiones importantes del hogar. Mi abuela, pretendiendo ignorar el romance de su esposo, se tragó el coraje y con una docilidad que estaba muy lejos de sentir, acudió a la iglesia para bautizar a su primera hija, quien llevaría el nombre de la amante de su esposo: Esperanza.

Doña Pepa no tuvo más remedio que aceptar y callar. Cada vez que llamaba a su hija, mi abuela recordaba el tórrido romance en el que su marido estaba involucrado y se le retorcían las tripas. El dolor de doña Pepa debió de haber sido constante; la presencia de su pequeña hija no le permitía olvidarlo.

Cuando mi abuelo estaba en el pueblo, solía permanecer en él poco tiempo, sólo el suficiente para conocer al nuevo retoño que habría nacido durante su última larga ausencia. Los diez vástagos de mis abuelos, todos ellos herederos de la renombrada belleza de su madre, refrendaban en su padre la hombría. El capitán engraido se jactaba ante sus compinches de su gran virilidad. Dada la repugnancia que su mujer sentía por el sexo, mi abuelo tenía la certeza de ser el artífice indiscutido de su gran prole. Jamás llegó a dudar de la lealtad de doña Pepa.

Mi abuelo tenía con sus hijos una relación distante; sentía por ellos algo parecido al afecto, pero su tibio cariño no le permitía interactuar con su prole. Un desinterés casi absoluto se le escapaba a mi abuelo cuando pretendía relacionarse con su numerosa descendencia. Después de convivir unas pocas semanas con su creciente familia, lo acometía el apuro, le apremiaban las ganas de volver a meterse en el lecho de su amante. La ansiedad y la impaciencia lo arrastraban de nueva cuenta al mar. Sólo en brazos de su amada encontraba la tranquilidad.

Mi abuela era incapaz de entender que su rival pudiera tolerar e incluso disfrutar los embates sexuales del capitán. Una parte de

ella le estaba agradecida a la cupletista por entretener en el lecho a su marido; la parte que odiaba de la relación adúltera de su esposo con la fulana era que ésta lo retuviera por tanto tiempo y que sus hijos estuvieran creciendo al tanto y como iba pidiendo, sin la presencia y el ejemplo del padre.

Cuando el capitán tenía a bien visitar a su familia, doña Pepa, cansada ya de compartir a su consorte, echaba a andar la intuición para tratar de adivinar por cuánto tiempo más la felicidad de su familia seguiría dependiendo de los caprichos de esa mujer. Mi abuelo vivía como en éxtasis, obsesionado hasta el tuétano por la famosa diva. Mi abuela aseguraba que la enfermiza atracción que la desvergonzada mujer ejercía en la voluntad de su marido debía ser cosa del diablo. Juraba que su hombre había sido víctima de algún hechizo fatal. Josefa acariciaba la ilusión de ser otra vez la dueña absoluta del tiempo y la atención de su amado, como en los tiempos de su enlace matrimonial. Anhelaba ansiosa que el corazón de su esposo le fuera devuelto, vacante para siempre de ímpetus ajenos. Doña Pepa, inmersa en la zozobra, hacía conjuros para que la famosa reina de la farándula, hastiada del romance, desterrara de su vida a su devoto amante.

No sé cuánto tiempo duró el idilio de mi abuelo con la Iris. Que yo sepa, no tuvieron hijos, ignoro el método, si es que usaron alguno, para no tenerlos. Un día cualquiera, la relación adúltera de mi abuelo con Esperanza Iris llegó a su fin. Desconozco los motivos y circunstancias que hicieron colapsar el tórrido romance.

Después de veinte años de casada, doña Pepa quedó viuda. Su marido, joven aún, dejó este mundo víctima de un ataque de angina de pecho. Cuando murió, la soberbia casona por él construida, hacía años había dejado de pertenecerle; Salvador se vio obligado a deshacerse de ella para cubrir la deuda de juego en la que su madre, la Madama, incurrió. Papá, el primogénito, quedó a la cabeza de la gran familia conformada por sus nueve hermanos, su madre y un par de tías solteras, ya viejas.

Mi tía Esperanza, convertida en una hermosa jovencita, contrajo matrimonio y, al año de casada, nació la primera nieta de Salvador y doña Pepa. Mi primita quedó huérfana a la edad de cinco años, cuando su madre falleció víctima de un fatal accidente de tránsito, mientras regresaba con su esposo de una fiesta de fin de año.

Para papá, quien a la sazón tenía alrededor de veinticinco años, fue un golpe devastador. Adoraba por sobre todas las cosas a su hermana.

“¡Esta niña se llamará Esperanza!”, decretó mi padre con arrojo cuando entró a conocerme a la habitación del hospital. Pensaba que ésta sería la mejor manera de honrar la memoria de su querida y todavía añorada hermana.

Mamá no tuvo más remedio que aceptar y callar. Los cánones de la época señalaban que el jefe de familia tomaba, incondicionalmente, las decisiones importantes del hogar.

## V. EN VIVO Y A TODO COLOR

Cuando mi adolescencia llegó a su fin, ya me encontraba instalada en el descreimiento religioso. Alcancé la edad adulta cándida e intacta; sin embargo, me sentía empachada y harta de los beatos prejuicios religiosos que venía arrastrando desde la infancia y que salieron a la luz cuando me topé de frente con la independencia, la sexualidad y las ganas.

Arribé a Inglaterra muy aterrada. Pocos días antes de iniciar la gran aventura de mi vida, llegué a vislumbrar la posibilidad de rajarme. Tenía pavor de estar tantos meses lejos de mis padres. La seguridad que me daban al velar por mi salud con tanto esmero y dedicación quedaría huérfana y tambaleante; no habían transcurrido muchos meses desde que salí airoso de mi última crisis asmática. Tuve miedo de enfrentar la frustración de mamá cuando se enterara de mis ganas de escabullirme. Me causaba angustia imaginar la cara de satisfacción de papá al comprobar que, una vez más, él tenía la razón: su hija era una cobarde, pusilánime y mediocre. Había sido tan difícil sortear los obstáculos para hacer posible este viaje que me permitiría conocerme al experimentar por primera vez la libertad que, venciendo el recelo, me la jugué.

Una gélida mañana de febrero de 1970, llena de aprensión y medicamentos, abordé la aeronave de BOAC con destino a lo desconocido. Una mezcla de emociones encontradas me asediaba. El entusiasmo que me poseía se ensombrecía con la prematura nostalgia de lo que dejaba atrás. Para ese entonces, me había convertido en una chava amena y extravertida con ideas modernas, medio

hippie, medio rebelde y bohemia. Poseedora de un físico envidiable en ese entonces, tenía a mi alrededor un buen número de galanes esperando ser los elegidos. Entre estos se encontraban Maylo, Genaro y Eduardo; este último era el director de la estudiantina de la Universidad Iberoamericana.

La culpa viajó conmigo. Dejé a Genaro prendado sin remedio. Era tanta su obsesión por mí que llegó incluso a transformar su apariencia al someterse a una dolorosa hojalateada con un cirujano plástico. Inútil audacia. Yo sabía que nunca iba a quererlo de la manera que él esperaba. Me fue imposible lograr que comprendiera la inutilidad de sus esfuerzos; él seguía insistiendo.

Genaro, solidario, me apoyó con los preparativos de mi viaje; confiaba en que el tiempo actuaría a su favor diluyéndome la necesidad. Pensaba que, con suerte, la distancia me iría acomodando las querencias. Se encontraba tan ofuscado que no llegaba a comprender cómo un amor tan absoluto, como el que sentía por mí, podría no ser correspondido con el mismo ímpetu. Nunca le di esperanzas, sólo evasivas; me encontraba abrumada con tanta devoción. Empalagada por semejante exceso de miel, llegué a alucinarlo.

Tenía yo veinte años y nunca había sido amada con tal enjundia. Genaro prometió escribirme cada día y lo cumplió. Yo contestaba sus epístolas en un tono distante y más bien indiferente, sin llegar a responder ni la cuarta parte de sus esquelas. A mi regreso a México, diez meses después, traía en mi equipaje las más de trescientas cartas que pensaba devolverle y fui incapaz de destruir. Nunca llegué a amar a mi más devoto y embelesado adorador.

¡El amor de Genaro ayudó tanto a mi autoestima! De él adquirí la confianza en mí misma de la cual carecía, gracias a él supe que era digna de ser amada y me asumí apetecida. Por ese entonces ignoraba aún la capacidad de amar que podría llegar a tener, ya que nunca me había enamorado. Sin embargo, cuando dejé mi país, llevaba el corazón tan inquieto que daba brinquitos de contento

por un cariño nuevo que se empezaba a asomar por la borda. El estúpido corazón se amarchantó con Eduardo y se deslumbró por la forma en que éste tocaba el piano. Me impresionó la sensibilidad con que condimentaba sus interpretaciones. Mi alma, confiada, dio cabida a lo pendejo a ese hombre, el mismo que, unos años después, me estropearía el destino.

Mi estancia en Inglaterra sería de dos cuatrimestres con unas vacaciones de dos meses en el íter. Tres días antes de iniciar el ciclo escolar llegué a Norwich, donde debería cursar la primera parte de mis estudios de inglés. El primer día de clases fue muy gratificante para mí. Al hacer los exámenes de ubicación logré calificar para el curso más avanzado, lo que significó un gran salto en mi autoestima. Después de dos semanas me encontraba ya perfectamente adaptada al sistema, al clima y a la célebre flema inglesa de mis profesores.

A veces llevaba a la escuela mi guitarra para aprender las canciones que mis compañeros, de muy distintos países y continentes, me enseñaban; aún recuerdo la tonada nipona que aprendí de mi amiga Shisuko Tsukasaki. A mediados de este primer periodo empecé a notar que uno de mis compañeros me asediaba durante los recreos y las excursiones de fin de semana que la escuela nos organizaba por los alrededores. En algunas ocasiones, después de clases, él caminaba conmigo hasta la casa donde yo residía.

Su nombre: Giles Essombe. Era originario de Camerún y negro como las teclas de un piano, musulmán, divertido y muy básico. Como la gran mayoría de la negrada, bailaba padrísimo. Tuvimos una fugaz relación, más de amistad que de noviazgo, en la que, por supuesto, existió el flirteo y uno que otro abrazo inocente. Giles estaba tan encaprichado conmigo que llegó incluso a ofrecermelo renunciar a uno de los privilegios machistas que otorga la religión musulmana a sus fieles varones; me aseguró que, de aceptarlo, yo sería la única esposa o al menos la que su gente consideraría la favorita y principal.

El cuatrimestre estaba por terminar y el africano esperaba pasar conmigo las vacaciones en la Ciudad Luz, donde su padre era vicecónsul de su país, pero yo tenía otros planes. El tiempo y las circunstancias se encargaron de poner fin a esta efímera amistad exenta de pasión, al menos por parte mía. No pude acostumbrarme al olor tan penetrante que emanaba de mi oscurísimo amigo. Nunca más volví a saber de Giles Essombe.

El otro mexicano de la escuela se llamaba Luis y tenía dieciocho años. Lawrence, el hijo de su casera, organizó para las vacaciones un viaje a Turquía, al cual el tamaulipeco me invitó. Lawrence tenía una combi medio destartalada con cupo para ocho personas, mucho entusiasmo y poquísimos dólares. Convocó a través del periódico a seis personas más para así, entre todos, sufragar los gastos de combustible, peaje, comida y alojamiento en campamentos acondicionados con regaderas, luz, minisupers, cafeterías...

Ignoro si en ese entonces ya contábamos en nuestro país con instalaciones del mismo tipo, tan cómodas y limpias, donde los viajeros de escasos recursos pueden disfrutar sus vacaciones sin tener que endeudarse con el banco para descansar con dignidad. Algunos campings tenían incluso alberca y hasta jacuzzi. Me causó una grata sorpresa descubrir que era posible viajar de esa manera a la que me acomodé rápidamente y a partir de entonces adopté.

Respondieron al anuncio muchos jóvenes jodidos y aventureros. Lawrence seleccionó entre los aspirantes a dos parejas de novios: Bob y Tanya y Peter y Freeda, quien, muy oronda, lucía su flamante anillo de compromiso; ellos tenían planes de matrimonio en un futuro cercano. El resto de la cuadrilla estaba conformado por Lawrence, Anne, una australiana de paso por Gran Bretaña, Luis y yo.

Tan pronto iniciaron las vacaciones de verano, los ocho emprendimos nuestra aventura que duraría cinco semanas. En el toldo del maltrecho vehículo llevábamos los cacharros para cocinar, el equipaje y tan sólo dos tiendas de campaña donde nos tendríamos

que acomodar los ocho. Como al único que conocía era a Luis, compartí la tienda con él, con Anne y con Lawrence, quien, tan pronto conoció a la australiana, se amarchantó con ella.

Yo seguía tan estúpida y virgen como siempre. Nunca antes había acampado y mucho menos dormido con hombres, por lo que la primera noche no pegué el ojo por miedo a no sé qué. Cierta noche desperté alarmada al escuchar unos fuertes quejidos; unos como lamentos entre violentos y gozosos. Cuando desperté por completo pude ubicar el meollo del asunto.

Asustada y en shock, aunque siempre curiosa, me dije: “¡Es increíble! Los muy descarados ¡están cogiendo en mis narices!” Así fue mi primer contacto con la sexualidad, en vivo y a todo color.

Los ardientes jadeos de ese par de cachondos me hacían pensar que sufrían, que sentían dolor, y sin embargo siguieron y siguieron durante un tiempo que me pareció eterno. Nunca más, en mis sesenta años de vida, he vuelto a presenciar una situación parecida. Me encontraba compartiendo un espacio de dos por dos metros junto a ese par de casi desconocidos que, delirantes, se agasajaban mutuamente. Su frenesí hormonal no pasó inadvertido para el mexicano, quien, entusiasmado y más puesto que un calcetín, me quiso meter mano. Fue tan contundente el madrazo que le receté, que cayó encima de los fogosos amantes, quienes, sin entender un carajo, se pusieron furiosos, ya que el ánimo de Lawrence definitivamente había decaído.

Recordando que ellos tienen el conqué y nosotras el pordónde, no quise volver a presenciar esa aterradora experiencia, por lo que decidí, a partir de entonces, dormir bajo las estrellas, donde acurruqué mi miedo a la vida, mi ignorancia y mi soledad. Instalé la bolsa de dormir lo suficientemente lejos de la tienda para no escuchar puterías. Luis y sus ganas pernoctaron adentro algunas noches más, hasta que, sabiéndose un estorbo, optó también por dormir afuera. ¡Me encantó dormir al aire libre bajo la bóveda celeste!

Continuamos nuestro viaje sin grandes contratiempos. Cruzamos Austria y Yugoslavia, que todavía existía como país, Rumanía, Grecia y ¡por fin, Turquía! Lawrence escogió un campamento en las afueras de Estambul, junto a un mar tan azul y transparente como nunca antes había visto.

Fue entonces cuando empecé a notar que Peter, rondándome, procuraba mi compañía con asiduidad. En Grecia, después de una pelea con su novia, decidió dormir con nosotros a la intemperie. Le gustó tanto que ya no regresó a la tienda junto a Freeda. Hablé mucho con Peter. Me inspiraba tanta confianza que incluso llegué a contarle que traía el alma inquieta por un compatriota que tocaba el piano y amaba la música clásica.

Charlábamos observando el firmamento y componíamos el mundo hasta quedarnos apaciblemente dormidos. Cierta noche, durante la cena alrededor de la fogata, mientras hacíamos los planes para el recorrido del día siguiente, tome la decisión de no ir con ellos y permanecer en el campamento. Me moría de ganas de volver al bazar para hacer algunas compras, pero sentía pena por Freeda quien, notando el desapego de su novio, deambulaba por ahí paseando su tristeza.

Al día siguiente se marcharon todos en la combi. Yo me encontraba disfrutando del agua tibia del mar Egeo cuando, de repente, se me apareció Peter, quien en el último momento había decidido quedarse también y acompañarme; ante mis hipócritas reclamos, alegó que disfrutaba tanto de mi compañía que prefería pasar su tiempo conmigo. Me sentí conmovida y muy feliz.

Contenta y asustada caí en la cuenta de que ese chavo me cuadraba un resto y que empezaba a encariñarme con él. Podía notar en su expresión facial, en sus actitudes y a través de sus comentarios lo mucho que admiraba mi desparpajada forma de ser. Era yo la cara opuesta de Freeda. Él fue la primera persona que me consideró un ser pensante, inteligente y capaz de tomar decisiones acertadas, o al menos fue la primera que me lo hizo

saber. Era dueño de una actitud machista casi nula, respetaba sobremanera a las mujeres, con quienes se encontraba muy cómodo. ¡Me valoraba tanto!

Yo me sentía tan halagada como culpable por despojar de sus ilusiones a esa inglesita anodina y gris al arrancarle al novio. Hice repetidos intentos de alejar a Peter, hasta que fue demasiado tarde; estaba enamorada.

A partir de entonces y, durante el viaje de regreso, procuraba la compañía del resto del grupo; no quería seguir lastimando los sentimientos de Freeda, a quien día con día le prosperaba la frustración. Evitaba quedarme a solas con Peter para no dar pie a su disparatado asedio. Demasiado tarde. Imperceptiblemente, de puntitas, el hombre se me fue infiltrando en las ganas y, para cuando me di cuenta, ya lo tenía instalado en el querer. Perdí el piso y la cordura. Por primera vez en la vida, a los veintiún años, me encontraba en serio, confrontada con el amor, conmovida por un hombre.

Me enamoré de un británico dueño de unos hermosos ojos azules. Con sus pelos largos y muy rubios parecía un vikingo que de la consabida flema inglesa no tenía ni rastro.

En Salzburgo pernoctamos por última vez, ya que de ahí en adelante conduciríamos sin parar hasta llegar a Norwich. El tiempo apremiaba y debíamos integrarnos a nuestros respectivos deberes. Ese día Peter y yo decidimos no participar en el recorrido turístico y pasamos la tarde vagando solos por esa ciudad de ensueño. Fue junto al río donde nos encueramos el alma y confesamos al otro los sentimientos. Ni siquiera le permití un beso; la culpa, el miedo y una cierta dosis de estupidez habían tomado el timón de mis resoluciones.

Al alcanzar el destino final, nos despedimos con renuencia, sin ser capaces de abrazarnos o besarnos, ya que los demás integrantes del grupo nos veían, ignorantes de lo que había surgido entre nosotros, o al menos eso creíamos ingenuamente Peter y yo. Al

término de ese maravilloso verano, nos separamos con renuencia. Arrastrando la tristeza y con el abatimiento en el alma, cada quien partió a seguir con su vida.

Al día siguiente recogí mi equipaje y tomé el tren a Cambridge, donde continuaría mis estudios. Tenía la certeza de jamás volver a ver a ese hombre maravilloso. Tres días después de haber iniciado el nuevo curso, al salir de la escuela me topé con el galán, quien con una pequeña mochila como único equipaje, me esperaba recargado en una barda, frente a la escuela. ¡No lo podía creer! ¡Estábamos tan felices! Corrí a su encuentro y, llorando, lo abracé.

En tan sólo tres días de mutua ausencia tomó la decisión y dejó atrás el trabajo, los amigos, su compromiso matrimonial, su entorno... y corrió tras el amor. Ante mis reclamos por haber cometido tamaña irresponsabilidad y mandar todo a la mierda, me aseguró que renunciar a todo eso era nada comparado con tener que perderme cuando apenas me había encontrado, que ya no podría alejarse de mí. Venía para estar conmigo y regresar juntos a México al finalizar la escuela.

Buscamos un alojamiento barato para que se hospedara. Peter tendría que hallar un trabajo y ocuparse en algo durante el tiempo que me tomaría concluir mis estudios; tendría que ahorrar lo suficiente para comprar su boleto a México.

La escuela, por supuesto, se fue al carajo. Me esmeré experimentando intensamente el regocijo de esa mi primera experiencia amorosa. El miedo permanecía latente en mí y los estúpidos prejuicios seguían controlándome la vida, tanto, que ni siquiera el gran amor que ya sentía por Peter logró que le aflojara el tesorito; seguía empecinada en creer que, al hacerlo, traicionaría la confianza que mis padres habían puesto en mí.

También, por supuesto, me aterraba la posibilidad de quedar embarazada. Con el paso del tiempo llegué a darme cuenta de que todo este asunto no era más que una gran diarrea mental tras la que ocultaba mi miedo a la vida.

Como Peter no encontró trabajo en Cambridge, se fue a Coventry, a dos horas de distancia, donde laboraba de lunes a viernes. Los fines de semana los pasábamos recorriendo su país, disfrutando felices de la verde campiña inglesa.

El principio del fin llegó con una carta de Eduardo Escalante, quien me anunciaba su inminente arribo a Gran Bretaña y que quería platicar conmigo. Se me movió gacho el tapete. Hablé honestamente con Peter y le dije que, con toda certeza, Lalo venía para proponerme la relación de noviazgo que tanto anhelaba yo cuando salí de México. La confusión y ansiedad que entonces sentí me arrebataron la recién estrenada armonía interna obtenida gracias a la seguridad y el amor que el güerito me brindaba.

El mexicano llegó de sopetón, sin avisar con antelación la fecha de su arribo. Salimos a dar una caminata y ahí, junto al río, se sinceró. "Quiero andar contigo", me dijo, y yo, incierta, accedí.

Por supuesto, le hablé a Eduardo acerca de mi relación con el inglés y me sugirió que tuviera una charla con él para explicarle y no dejarlo así nomás, colgado de la brocha. Después de una semana, Lalo continuó su viaje por el viejo continente. Pasé con Peter los últimos días de mi estancia en Inglaterra compartiendo nuestras dudas y temores. Hablamos mucho y tristeamos hartos, también. Peter, comprendiendo mi confusión, me dejó partir con la esperanza de ser él, finalmente, el agraciado.

Llegué a México un mes antes que Eduardo. Con Peter me seguí escribiendo durante mucho tiempo en el que no cesó de insistir en que le permitiera venir a México a conocer y hablar con mis padres. Me solicitaba le concediera las mismas ventajas que Lalo tenía al estar cerca de mí. Acorralada, siempre me rehusé.

El miedo, siempre el miedo. Me aterraba la confrontación con ambos. Desconfiaba de mi capacidad de elección. Me causaba angustia tener que elegir a uno de ellos y luego arrepentirme. Temía una sarta de pendejadas. Por éstas, ¡me perdí de tantas vivencias!

Ignoraba yo que el simple hecho de haber tomado esta decisión vendría a cambiarle el rumbo a mi existencia. En ese momento tan determinante de mi vida, me amedrenté. La valentía y el arrojo que siempre habían sido características fundamentales de mi personalidad se asustaron también y, desertando, me dejaron sola.

## VI. INMACULADA CONCEPCIÓN

Regresé de Inglaterra con la castidad vigente y el abatimiento acuartelado en el alma. Por allá dejé botada una experiencia jamás vivida que intuía estupenda y que, con aprensión y zozobra, reprimí. El miedo y la cobardía me impidieron entrarle con todo a esta oportunidad única que la vida me brindaba. Dejé a Peter abandonado en el viejo continente, con el corazón abatido y las esperanzas malogradas. Llena de incertidumbre y culpa le di la espalda al amor y, desertando, hui de lo que pudo haber sido una vida plena y feliz.

El haber experimentado por primera vez el romanticismo y saberme el objeto de la devoción absoluta de Peter fue, sin lugar a dudas, el primer parteaguas de mi vida. El segundo llegaría poco tiempo después de mi retorno a México.

Regresé a la universidad para continuar con los idiomas sin saber que tan sólo sería por un año. Mi paso fugaz por la Ibero duró lo suficiente para amacizar mi noviazgo con Eduardo Escalante, el mismo hombre que me apartó de los brazos de Peter y que, con el paso del tiempo, me torcería el destino.

Cuando Eduardo, desempleado, volvió al terruño, consiguió una chamba en Toluca, donde residía de lunes a viernes; todos los fines de semana los pasábamos juntos. Cierta día entre semana, como a los siete meses de noviazgo, me llamó por la noche para preguntarme si aceptaría casarme con él en unos años más. Me quedé helada, ya que no me pasaba por la mente la idea del matrimonio, o al menos no con esa premura; dos años era muy cerquita y yo tenía muchos planes. ¡Quería hacer tantas cosas todavía!

No sé por qué, pero, como no se me ocurrió nada que objetar, dije aturdida que sí; total, para cuando el asunto se pusiera más serio, ya habría tenido tiempo suficiente para valorar la situación y, en todo caso, rajarme.

En lo tocante a la sexualidad, Lalo tenía muchas más broncas y prejuicios que yo, que para esa etapa de mi vida ya había dejado atrás el tabú del sexo.

Desesperaba por experimentar la sexualidad. Descubrir el aroma y el tacto de otra piel junto a la mía me gustó tanto que anhelaba seguir más allá, tanteando mañas, descubriendo usanzas y estilos. Quería adquirir pericia en las rutinas amoratorias. Fantaseaba con esas nuevas emociones que se me antojaban tan intensas y agradables. Ansiaba conocer la plenitud que intuía sería algo sublime.

Pero el novio culero no quería ir más lejos. Se negaba a seguir adelante pretextando el gran respeto que sentía por mí, su noviecita santa; esa misma mujer que supo darse su valor y, priorizando su virtud, se hizo respetar —¡la muy pendeja!— mientras vivió en un país extranjero, ultramoderno y liberal.

“Allá en Europa tuviste plena libertad para hacer lo que quisieras con tu vida y con tu cuerpo, e hiciste bien al escoger preservar tu pureza”, decía él.

Justificaba sus miedos y carencias alegando que por ningún motivo quería ser el responsable de la enorme tragedia del desflore. Además, ¡él quería desposar a una virgen!

Una noche, durante un tórrido faje en la sala de mi casa, se le desbordó la pasión con tal intensidad que pude percibir, por primera vez, el olor tan penetrante y el color blancuzco de ese medio en el que viajan los bebés.

Durante esa, mi primera experiencia sexual, el hombre me regó el jardincito así nomás, por encimita, por lo que pude conocer con precisión las características del líquido espeso y pegajoso que me dejó encharcado el hemisferio sur. Recuerdo haberme preguntado: “¿Cuántos hijitos cabrán en la escasa cucharadita de

este líquido tan denso parecido al pulque?" Pocos segundos después, el hecho estaba consumado. ¡Qué desilusión! Cuando apenas empezaba a agarrarle gusto al gusto, concluyó todo, tan rápido como había iniciado. "¿Y a poco esto es todo?", recuerdo haberme cuestionado.

Me quedé ahí nomás, quietecita y muda, llena de dudas y sentimientos encontrados. Por un lado me sentía contenta de haber aprendido algo nuevo acerca del sexo, el tema tabú que en Gran Bretaña me empezó a inundar la vida de incertidumbres y aprensiones; por el otro lado, mi estado de ánimo se quedó atascado en la frustración. Sospechaba que este asunto no había salido del todo bien, ya que a fuerza tenía que ser algo más grato. Suponía, en fin, que el sexo debía ser algo al menos más divertido y placentero.

Pocas semanas después mi cuerpo empezó a sufrir ciertos cambios apenas perceptibles. Observaba en mi anatomía sensaciones nuevas, diferentes. Lo comenté con Lalo y éste, a su vez, habló con una prima suya a quien juraba que no podía yo estar preñada dado el estado incólume de mi virginidad. Ella, sospechando algo fatídico, nos acompañó a su ginecólogo.

Tras ser examinada con detenimiento, el doctor encontró la razón de las alteraciones de mi cuerpo y confirmó un incipiente estado de gestación. Un ser ajeno me habitaba; tenía yo seis semanas de embarazo. Asimismo, el galeno ratificó, con asombro, el ileso estado del himen. Nos explicó que era poco común, pero no imposible. Mi novio, ese grandísimo pendejo, ¡había embarazado a una virgen!

No puedo recordar las dos o tres horas posteriores a la consulta. Sí me acuerdo de que, al llegar a casa, vomité de pura bilis. El impacto de esta noticia me tuvo en sus garras por al menos dos días, en los que deambulé como una zombi; ¡no lo podía creer! Me preguntaba, como casi todas las mujeres que hemos atravesado por este trance, "¿por qué a mí que tengo tantos planes? ¿Y ahora qué voy a hacer?"

Por supuesto, Lalo y yo nos planteamos las posibles soluciones, empezando por la del aborto que, por esa época, comenzaba a ser una práctica más común que en los tiempos de mis papás y existía un mayor número de posibilidades para usar este recurso. La idea era sumamente tentadora, ya que no me quería casar, a pesar de que con anterioridad había accedido a un futuro casorio.

Era demasiado pronto para mí. En ese crítico momento ya no estaba segura de nada, ni siquiera de amar a mi novio lo suficiente como para hacer esa barbaridad. Jurar ante un Dios que ya para entonces me valía madres, y quedarme junto a ese hombre por el resto de mi vida, se me hacía inconcebible.

Ni siquiera fue necesario inquirir por un espantacigüeñas. Mi novio se negó rotundamente al aborto y yo me supe incapaz de realizármelo; acordamos que el bebé viviría. Mi decisión de seguir adelante con el embarazo no fue, por supuesto, influida por los prejuicios religiosos que habían quedado atrás desde hacía tiempo; supe, con toda certeza, que no podía negarle el derecho a la vida a ese chiquito que, nadando en chinga, había dejado atrás a muchos millones de competitivos adversarios. Al llegar finalista a la meta, se ganó el derecho a existir.

Con la decisión tomada, se relajó la ansiedad y se disipó la angustia. Poniendo fin al conflicto, di la bienvenida de todo corazón al chamaquito invasor que con bríos y enjundia supo colarse en la vida. A partir de ese momento nos abocamos a hacer lo necesario para que el bebé naciera en el seno de una familia, protegido y amado por papá y mamá. Me dispuse a cuidar de mí para que mi hijo tuviera una llegada triunfal a la vida. Me disfracé de mamá y, desde ese momento, amé al nonato con todas mis fuerzas.

Una vez pasado el susto, Eduardo estaba encantado, radiante; sugirió una boda relámpago. En ningún momento percibí en él intenciones de salir corriendo y dejarme colgada con el paquete, como suele suceder con harta frecuencia.

Un mes y medio después, el día de mi cumpleaños número veintitrés, fui una novia inmaculada, de punta en blanco y con el vientre habitado, que llegó a sus esponsales en la pendeja. Debido al miedo, la cobardía y la estupidez de ambos, el flamante novio se salió con la suya y desposó a la mismísima virtud.

A esta surrealista experiencia le debo un fugaz retorno a la Iglesia. Con esta experiencia que me tocó vivir constato, sin lugar a dudas, que al menos uno de los grandes dogmas de fe puede ser cierto: el de la inmaculada concepción. Desde ese día considero a la virgen María casi, casi, mi comadre.

## VII. CAMINO DE SANTIAGO

Al evocar la vida de mis ancestros se me cuatrapean los recuerdos. Son tantas las similitudes entre lo experimentado por ellos y mis propias vivencias que me cuesta trabajo diferenciar entre eso que mis antepasados afrontaron, lo que yo he vivido y la manera en que he resuelto acontecimientos similares.

Pensando en la vida del capitán, encuentro curiosas semejanzas entre su forma de ser y la mía. A falta de una explicación científica y convincente, lo atribuyo unas veces a la herencia genética y otras al “karma”.

Soy como él, independiente y andariega; siempre he pensado que nací para viajar, lo que hice por mucho tiempo durante mi época de abundancia económica y energética. Como mi bisabuelo, he corrido riesgos estúpidos y me he aventurado en maravillosos rincones de este mundo, donde encontré amigos nuevos y extraordinarios, cuya lealtad y cariño atesoro.

Cuando tenía treinta y seis años y ya era la irresponsable madre de mis tres hijos, incursioné en el paracaidismo, del que salí madreada, pero invicta y sin fracturas. Del último salto quedé con todos los orificios del cuerpo retacados del polvo del barbecho que acogió mi caída. Esta sensación fue tan desagradable que di por concluidas las correrías aéreas con la certidumbre de que eso no era lo mío.

Ya divorciada, practiqué durante algunos años el ciclismo de montaña con mis hijos y el galán en turno. Experimenté innumerables caídas y sufrí con frecuencia lesiones severas, aunque siempre lo volví a intentar.

Dos años antes de cumplir el medio siglo, recibí casi simultáneamente dos llamadas que despertaron mi curiosidad. Mi hermana mayor y una de mis comadres me hacían, cada una por su lado, una inusual invitación: compartir con ellas una experiencia trascendental en sus vidas.

Mi comadre pensó en mí porque, según ella, yo era la única persona que cumplía con los requisitos necesarios: ser mujer, estar libre de compromisos y ataduras, disfrutar el viajar y las andanzas, tener el tiempo y los medios económicos suficientes y no temerles a los desafíos. El reto: recorrer a pie el Camino de Santiago. Así fue como me enteré de esa larguísima caminata y, curiosa al fin, me puse a investigar la historia de un mito.

Esta peregrinación es uno de los tres principales recorridos que emprenden los fieles creyentes: palmeros son llamados los que se dirigen a Jerusalén; a los que peregrinan a Roma se les conoce como romeros, y jacobeos son aquellos que escogen Santiago de Compostela como destino.

Es difícil explicar, en los albores del siglo XXI, un fenómeno más cercano a la mitología que al rigor histórico, ocurrido hace más de mil años y que, sin embargo, sigue atrayendo a una multitudinaria corriente humana desde todos los confines del planeta. Hombres y mujeres de todas las edades desean vivir esta experiencia guiados por diversas motivaciones; ¿una moda, piedad, ecología, cultura, promesa, deporte, búsqueda interior, vacaciones alternativas, curiosidad, religión o espiritualidad, social...?

Alonso, el menor de mis hijos, pasó unos meses estudiando en Alemania y, durante las vacaciones, realizó este recorrido en su bicicleta; le tomó once días completar el trayecto de cerca de ochocientos kilómetros. Retornó muy contento de su logro, hablando maravillas del paisaje y de la gente que había conocido. Traía con él una guía del peregrino que leí con avidez:

Peregrinos venidos de todos los rincones pueden decirse amigos al cabo de pocas horas de marcha juntos. Éste es uno de los misterios de la peregrinación. De hecho, la motivación y la química de este peregrinar son bastante sencillas: un caminar en la duda y en la perseverancia, un imbuirse en sí mismo, una salvación dudosa y una cierta soledad, paradójicamente compartida... Encontrarse con uno mismo, superarse, afrontar el espacio aisladamente, pero sabiendo que se avanza sobre las huellas de millones de destinos, las huellas de todos los que caminaron a lo largo de siglos por esta ruta huyendo de un castigo, una condena, una amargura, una duda, una culpabilidad.

“No se diga más —me dije—. ¡Esto es para mí!”

Esperando encontrarle sentido y dirección a mi vida, y después de una exhaustiva pesquisa, decidí aceptar la invitación de mi comadre, a quien las condiciones se le habían vuelto adversas y ya no estaba disponible en la fecha que elegí para iniciar el arduo recorrido. Mi hermana había desistido al enterarse de que el trayecto en carreta que pretendía efectuar no era factible.

Decidí partir sola y me puse a entrenar con determinación y envidia, a veces hasta tres horas diarias por casi un año; ponía en mi mochila cuatro o cinco kilos de arroz para acostumbrar a mi cuerpo a la marcha con peso extra y caminaba por los alrededores de mi colonia. Bajé dieciocho kilos y mis músculos adquirieron tonicidad y firmeza. Poco antes de partir, Alonso, a la sazón de veinte años, quiso repetir la experiencia, esta vez a pie, y se dispuso a acompañarme. No sé qué hubiera sido de mí sin su apoyo. Me lancé como el Borrás, ¡a lo pendejo! Según yo, estaba en inmejorable condición física, pero no tenía ni puta idea de lo que me esperaba.

Con mis cincuenta años recién estrenados, partimos de una pequeña localidad francesa del siglo xv por el camino francés; la travesía de los Pirineos. Mientras los cruzábamos, pudimos disfrutar de una de las etapas más bellas de toda la ruta.

No pretendo hacer aquí una descripción detallada de esta aventura. El haber llevado a cabo este recorrido fue tan gratificante,

ilustrativo y doloroso que bien podría escribir un libro completo sobre esta vivencia que me marcó la vida.

A modo de diario, metí en mi mochila una de esas agendas que se desdoblán, del tamaño de una tarjeta de crédito, para llevar en ella un registro minúsculo y no muy detallado de mi experiencia.

18 de mayo de 2000

De: Saint-Jean-Pied-de-Port, Francia / A: Roncesvalles, España.

Tiempo: 8 ½ horas.

Kilómetros recorridos: 24.4.

Condición física al llegar: sumamente jodida.

Recapitulación espiritual: darle en su madre a esas dos mujeres que me indujeron a esta estupidez tan pronto regrese a México.

Un lluvioso día, la yerba húmeda a la vera del camino me hizo resbalar y fui a parar al fondo de una hondonada como de tres metros de profundidad que estaba junto al acotamiento. De nada me sirvió gritar; los autos pasaban a alta velocidad sin oírme. Dos horas más tarde fui encontrada por la guardia civil que, al ver mi impermeable amarillo ondeando a la vera del camino, se paró a investigar y me rescató. Empapada y molida llegué al albergue mucho tiempo después que Alonso, quien ya tenía reservada nuestra litera.

Al recordar esto, diez años después, cuando me encuentro en los albores de la tercera edad, me pregunto: "¿Por qué y para qué hice esto?"

Considero que ésta fue una aventura original, emocionante, diferente, y sé que el motivo no tuvo nada que ver con la devoción.

Soy disidente de la iglesia católica. Mi madre fue miembro recalcitrante de esta institución, al igual que toda su parentela poblana. Mamá fue una devota fanática hasta su muerte. Como era la usanza de esa época, fue ella quien estuvo a cargo de la formación

de los siete hijos habidos en su matrimonio. Mis hermanos y yo nos mamamos desde la más remota infancia esta religión. Nos echaron encima todos los santos sacramentos.

Papá nunca opuso demasiada resistencia a la compulsión de su esposa por hacer que sus vástagos siguieran a Cristo. Nos formaron para ser buenos practicantes de la fe católica y para que tuviéramos así las posibilidades, aunque muy remotas, de alcanzar la salvación eterna de nuestras almas y asegurarnos un rincón en el paraíso.

Mi padre, quien era un grandísimo blasfemo, librepensador e irreverente, hacía el contrapeso a la balanza, cagándose en la Virgen con harta frecuencia, igual que su abuelo, el capitán. Se pasó por el arco del triunfo a todos los santos y mártires, ensañándose en especial con el santo papa vigente y toda esa recua de mulas, como él los llamaba. Papá creía que todos los curas y ministros de la iglesia eran unos zánganos arribistas, glotonos, deshonestos y pedófilos. Le indignaba ver cómo la iglesia traficaba con los sacramentos ofreciendo el paraíso y la salvación eterna a los que se cayeran con su lana; aborrecía la forma que tiene de manipular a su grey con la amenaza del infierno y la perdición de su alma.

19 de mayo

De: Zubiri / A: Pamplona.

Tiempo: 7 horas.

Kilómetros recorridos: 20.

Condición física al llegar: mucho peor que ayer.

Aprendizaje espiritual: los kilómetros en mi país son más cortos.

Comentario: MUCHO PUTO FRÍO.

Papá, sumamente ingenioso, aprovechaba cualquier oportunidad para joder y escandalizar a mamá con sus blasfemias mayúsculas. Recuerdo claramente la vez en que mi padre se cagó en la

hostia; quedé horrorizada ante las consecuencias que los agravios de papá podrían acarrear a la piadosa vida futura de mi alma. Mamá lloriqueaba mientras yo, desbordada de zozobra y angustia, me escabullía a mi recámara para jugar a las escondidillas con el señor Dios, quien, con un poco de suerte, no se daría cuenta de que yo era una de las hijas de tan desmedido maldiciente.

En cierta ocasión, estando en el rancho mamá, con cariñoso empeño, intentaba volver a la vida una planta que, a todas luces, estaba seca. Ella, sin querer darse cuenta de lo inútil de sus esfuerzos, le rebatía a papá sus argumentos; mi padre repetía una y otra vez que la planta estaba muerta sin remedio, que sus intentos eran vanos y que jamás lo conseguiría.

—¡Si Cristo resucitó, cómo no va a lograrlo esta humilde planta creada por él! —contestó estúpidamente mi perseverante madre y lo siguió intentando.

Papá, con sarcasmo y exasperación, regó el objeto de la disputa con las últimas gotas del agua de Lourdes que su esposa atesoraba para usarla sólo en casos extremos y apremiantes.

—A ver si con esto te retoña la chingada plantita —se burló papá.

20 de mayo

De: Pamplona / A: Puente La Reina.

Tiempo: 8 horas.

Kilómetros recorridos: 23 ½.

Condición física al llegar: muy jodida. Me duele todo; me tomé mucho más tiempo recuperarme.

Comentario: ¡Tan cómodos que son los hoteles y yo aquí, haciéndole al pendejo en este albergue atiborrado!

Las únicas veces que mi padre entró en la iglesia fue para apadrinar a sus múltiples ahijados y para darle por su lado a mamá

cuando ésta nos hizo recibir, conforme a la ley de Dios, todos los santos sacramentos.

Me pasé la infancia entre confundida y temerosa, creyendo que papá, con sus exabruptos anticlericales, les daría en la madre a mis esfuerzos espirituales por llegar al cielo y alcanzar la gloria. Por mucho tiempo me lo creí. Procuraba ser buena y obediente, me aplicaba con los rezos cada día, hacía ramilletes espirituales con miles de jaculatorias que rescatarían a las almas del purgatorio. Esto me hacía sentir la última chela en el desierto, era yo ¡pura bondad! Con verdadero fervor recibía la comunión puntualmente todos los primeros viernes de cada mes, y cada tarde del mes de mayo, de punta en blanco, le ofrecía flores a la Virgen. Hice esto durante toda mi infancia. ¡Cuánta pendejada!

21 de mayo

De: Puente La Reina / A: Estella.

Tiempo: 8 horas.

Kilómetros recorridos: 22.

Condición física al llegar: me encuentro tan maltrecha y adolorida que no puedo arrastrar ni el alma.

Comentario: ya no sé qué es lo que más me duele, si el orgullo o la estupidez. Los encargados del albergue, gente linda y altruista, se abocaron a curar con piedad y salvajismo mi primera ampolla.

Al pasito, conforme maduraba, se me fueron abriendo los ojos y la conciencia. Empecé a cuestionarme los absurdos dogmas de fe en los que debía creer a güevo. En los albores de la adolescencia renuncié a pertenecer a la iglesia católica, cuando me di cuenta de las inconsistencias que había en las personas practicantes más allegadas a mí. Existía un abismo enorme entre lo que predicaban y lo que ponían en práctica en sus vidas cotidianas.

A mi madre, por ejemplo, le sobraba soberbia; padecía de una carencia casi absoluta de compasión y amor al prójimo y se sentía muy por encima de la negritud, de la gente pobre y especialmente indígena, virtudes que en papá, descreído y ateo, eran innatas. Con la convicción de que todo lo que me habían inculcado era una porquería, junté el valor necesario para confrontar a mamá y mandé a la mierda sus creencias.

22 de mayo

De: Estella / A: Los Arcos.

Tiempo: 10 horas.

Kilómetros recorridos: 21.3.

Condición física al llegar: insolada..., cruda y lastimosamente arrepentida.

Comentario del día: ¡No lo podía creer!... ¡Una fuente de donde brota el vino! ¡Y es gratis!

Consideración espiritual: ¡Me cae que no lo vuelvo a hacer! Aprendizaje muy cabrón.

Muy temprano esa mañana tomamos un frugal desayuno y salimos de Estella. Íbamos bien pertrechados, como siempre. Llevábamos el agua suficiente para la jornada, algo de alimento y mucho entusiasmo. Como a las diez de la mañana, poco antes de llegar a la explanada del monasterio de Irache, nos topamos de repente con algo inaudito y surrealista.

“¡Órale! ¡Una fuente que en vez de agua, mana vino!”, me dije. Alonso había sido testigo del portento durante su previo recorrido en bicicleta, pero yo no podía creer lo que veían mis ojos. Un rojo chorrote del mareador brebaje brotaba permanentemente del muro exterior de un edificio tan grande como antiguo y, dándonos la bienvenida, nos invitaba a saciar la sed. ¡Un verdadero paraíso para cualquier borracho! Hay una leyenda inscrita junto

a la fuente que invita al peregrino a descansar y reponer fuerzas, bebiendo gratis de esta aturdidora bebida.

“A beber sin abusar te invitamos con agrado; para poder llevar, el vino ha de ser comprado”.

Tomamos de éste hasta el hartazgo y, antes de partir, como viles teporochos compulsivos, tiramos el agua fresca de las cantimploras y reemplazamos el líquido vital por el vino regalado. No sé si esa jornada era especialmente ardua o si así nos lo pareció, el caso es que por ahí del medio día, con el sol cayendo a plomo sobre nosotros, nos quebramos.

¡Me cae que nos vimos nacos! Nos quedamos echados a la vera del camino hasta que un buen andariego, apiadándose de nosotros, nos compartió de su agua. Cuatro kilómetros adelante, al llegar a Azqueta, nos rehidratamos en la fuente de la entrada, continuando la marcha con las cantimploras llenas y la certeza de haber pagado un altísimo precio por nuestra ambición etílica. Lección aprendida.

25 de mayo

De: Nájera / A: Santo Domingo de la Calzada.

Tiempo: 8 horas.

Kilómetros recorridos 21.

Condición física al llegar: estropeados, pero sobrios.

Comentario: una experiencia bizarra y surrealista.

La catedral de Santo Domingo de la Calzada, de un sobrio estilo románico, te impregna con su atmósfera mística nomás entrar. Su apacible ambiente invita a un recogimiento tal, que los peregrinos no creyentes se pueden permitir echar un sueñito reparador en la paz del recinto. La quietud que ahí adentro impera, se ve de

repente interrumpida por el súbito quiquiriquí de un par de aves que moran en la catedral desde tiempos inmemoriales.

La presencia del gallo y la gallina, siempre blancos, recuerdan una de las historias más conocidas en la Edad Media: la leyenda del peregrino ahorcado; el más popular milagro atribuido al santo.

Una familia de peregrinos de Colonia, Alemania, se alojó en la posada de Santo Domingo. La criada se encaprichó del hijo, pero despechada por la nula atención que éste le dispensaba, escondió una copa de plata en su equipaje y después lo denunció. El joven fue apresado, condenado y ahorcado. Los padres, afligidos, continuaron su peregrinaje a Santiago. A su regreso de Galicia, treinta y seis días más tarde, los padres intentan rezar ante el cadáver de su hijo encontrándolo aún vivo, colgando de la soga, mientras santo Domingo lo sujetaba por los pies. Corrieron a contárselo al corregidor de la ciudad, pero éste no les creyó. “Tú hijo está tan vivo como el gallo y la gallina que se están cociendo en el asador”, les contestó. Acto seguido las aves se incorporaron y cantaron, dejando sin su almuerzo al funcionario. Después del prodigio, ya no hubo más remedio que descender al joven de la horca y colgar en ella, a la moza vengativa.

La historia cuenta que las aves son descendientes de aquellas que, en complicidad con el santo, causaron el prodigio que le ha dado fama a esta localidad y ocupan un lugar prominente en el templo. Son relevadas cada dos o tres semanas. El par de aves, además de ser cuasi sagradas, son consideradas pitonisas; si cantan cuando el peregrino se encuentra dentro del templo, y si comen las migas de pan que éste les ofrece, no habrá duda de que el trayecto del caminante será favorable.

No pudimos dejar de conocer tan famoso lugar. Fue una experiencia surrealista. Llevé conmigo un libro, dispuesta a pasar el tiempo leyendo hasta oír el quiquiriquí de este par de bichos. Y sí, los gallos nos cantaron; y no, mi trayecto no fue tan auspicioso.

Cuando, muchos días después, llegué a Santiago, iba literalmente mentando madres, tratando de entender por enésima vez ¡qué carajos hacía yo ahí!

Los primeros diecisiete años de mi vida fui de monja en monja, lo que me permitió conocerlas muy a fondo; conté con el tiempo suficiente para amacizar la ojeriza y antipatía que desde niña me inspiraron. La malquerencia y animadversión que hasta la fecha despiertan estos seres en mí se hace patente cuando voy manejando y un par de ellas —porque siempre van por la calle en pareja o en bola— se cruzan en mi camino; siento unas ganas apremiantes de echarles el coche encima.

A los once años fui internada por primera vez junto con dos de mis hermanas. Mis padres, de buena fe, nos dejaron en el internado del colegio América en Puebla, ignorando que éste era el coto de caza perfecto. Años más tarde sucedió lo mismo en el internado del Distrito Federal, donde siempre estuve pendiente de vigilarles el hemisferio sur a mis hermanas pequeñas, quienes con frecuencia eran el manjar favorito del furor uterino de algunos de esos siniestros especímenes llamados monjas. No dudo de que existan algunas religiosas con verdadera vocación de entrega y servicio, sacrificadas y compasivas, pero no me he topado con ninguna de éstas, quizá porque suelen vivir en lugares tan remotos y exóticos como la India.

Para cuando mi adolescencia llegó a su fin, ya me encontraba instalada en el descreimiento y divorciada para siempre de la iglesia católica. Nunca me he considerado atea; carezco de la voluntad y la inteligencia necesarias para ello. Considero que hay que echarle mucho cerebro al asunto y sumergirse a fondo en el estudio de la filosofía, lo que para mí representa un esfuerzo superlativo, ya que me cuesta trabajo entender ciertos conceptos de índole tan elevada. Como soy güevona intelectual, me es más cómodo recargarme en algún tipo de creencia que declararme de al tiro atea.

No puedo, aunque lo he intentado, explicarme la existencia y funcionamiento de este universo tan poca madre sin la intervención de un “alguien o algo chingón muy superior a nosotros”. Mi filiación religiosa hasta la fecha carece de etiquetas. Sin embargo, el asunto de la trascendencia y la espiritualidad siempre me ha inquietado.

Tomé un diplomado en religiones comparadas, incursioné en el judaísmo y me metí de lleno, esta vez con plena conciencia, en el asunto de la espiritualidad, hasta llegar a aterrizar en el budismo. Aunque no me considero budista, la idea de que “Buda No es Dios, sólo es camino” se me vino a acomodar en las inquietudes y me sentí a gusto con esta filosofía de la que estudié muchas de sus corrientes. Me di cuenta de que el budismo tibetano, tan en boga hoy en día, es el que va mejor conmigo.

“¡Esto está bien chido!”, me dije. Una cosa que me gustó mucho de esta onda budista es que no manejan para nada esas pendejadas de la salvación, el limbo o el fuego eterno.

Hay quienes no consideran al budismo una religión, sino más bien lo ven como una filosofía espiritual que señala que, en nuestra mente, los cambios siempre equivalen a pérdida y sufrimiento; cuando éstos se producen, procuramos anestesiarnos en la medida de lo posible dando por supuesto que la permanencia proporciona seguridad; nos aterra el cambio, por lo que tenemos miedo a soltar, a perder, a dejar ir. La no permanencia es una de las piedras angulares del budismo.

He podido constatar a lo largo de los años lo cierto de esta aseveración que ha tenido una validez contundente en mi experiencia de vida. El miedo al cambio, el desasosiego que sentía al tener que enfrentar la soledad de una vida sin ellos, los hombres, la molestia que implicaba quedarme fuera de la línea de confort y la comodidad de no hacer nada me mantenían en cierto equilibrio, precario y desafortunado, pero equilibrio al fin. Ese contrapeso fue necesario y vital para la supervivencia emocional de mi ser tan atormentado

en ese entonces. Cuando el budismo llegó a mi vida, me encontré paralizada y como entumida de puro susto, de desaliento y la aprensión de los cuales, inevitablemente, surgió el apego.

Fui entendiendo, a través de esta filosofía, que todo en la vida es una continua caducidad y que, al no asumirla, me aferraba con desesperación a las cosas y muy en especial a los afectos. Obstaculizaba así el natural fluir de la vida, negándome la posibilidad de aprender del cambio. No me cabía en la cabeza la idea de disfrutar de algo, si este algo no me pertenecía.

¡Con cuánta frecuencia confundí el apego con el amor! Éste se veía adulterado con la inseguridad, la posesividad, el orgullo y el miedo a perder. Cuando al paso del tiempo el amor inevitablemente emigraba, me sentía dismantelada y terriblemente sola; jodida y con las esperanzas pisoteadas. Lo que me mantenía en pie eran tan solo los “recuerdos” que, ahora sé, son en mi caso las cicatrices del apego.

No pretendo hacer un tratado chingón de la filosofía budista, sólo quiero dejar en claro mi absoluta no pertenencia a culto alguno; no comulgo con ninguna clase de religión organizada. Rechazo cualquier forma de fanatismo: religioso, político o de otro orden. Para ser miembro de cualquier culto se requiere ser paciente y practicar la obediencia, dos cualidades que no venían en mi mochila cuando aterricé en el planeta. Es también necesaria una gran dosis de disciplina y humildad para practicar la tolerancia, lo que nunca ha sido mi fuerte.

Conforme avanzaba nuestro peregrinaje conocimos, a lo largo del camino, gente venida de todos los rincones del mundo; los brasileños son los que obtienen, sin lugar a dudas, el primer lugar en presencia debido, en gran parte, al éxito obtenido por Paulo Coelho con su libro *El peregrino*, mismo que aluciné.

Durante el recorrido solíamos coincidir, algunas veces, con un trío de brasileños con los que conversábamos fluidamente en portuñol. No fue sino hasta tres días después cuando, en el albergue

donde pasaríamos la noche, Alonso y yo nos supimos víctimas de sus chismorreos y, muertos de risa e incredulidad, los sacamos del error en el que se encontraban. Los cariocas nos contaron que, desde que nos conocieron, habían asumido que yo era una de esas cincuentonas opulentas, tan comunes en su país, que podían darse el lujo de comprarse un amante jovenzuelo, acomedido y guapetón, y arrastrarlo a esta exótica aventura para que me cargara la mochila y me proporcionara servicios varios, de otra índole, levantándome el ánimo en todos los sentidos.

Grande fue su asombro al constatar que Alonso era mi hijo y que hacía el camino por decisión propia. Katia, una de las conspiradoras, tiene un lugar especial en mi corazón y ha llegado a convertirse en una de mis más entrañables amigas. A pesar de la lejanía, procuramos mantenernos en contacto; ya nos hemos visitado tres veces.

Desde mi más remota infancia pintaba yo para hereje. Papá, trabajador incansable, laboraba de lunes a viernes en la agencia Ford de Xalapa, utilizaba casi todos los fines de semana para supervisar La Constancia y Tres Marías, los dos ranchos ganaderos que tenía al norte del estado de Veracruz. Para aligerar la carga laboral a mi madre, papá solía llevar en estos viajes a dos de sus hijas —casi siempre mi hermana mayor y yo—, mientras mamá permanecía al cuidado de los cinco chamacos menores.

Salíamos de casa alrededor de las cinco de la madrugada del sábado y llegábamos al rancho como a las nueve de la mañana. Esos dos días eran para mí un remanso en el que podía permanecer lejos del alcance de las garras de mi perversa madre, quien nos obligaba a asistir al retiro de los sábados con las madres capuchinas.

Al otro día, de punta en blanco, con nuestro vestido de domingo —siempre el mismo— que nos tenía que durar todo el año, sin considerar el vertiginoso crecimiento de los niños sanos y tragones, había que asistir a la santa misa de las ocho de la mañana con el padre Almaguer, un cura pequeñín que nació viejito. Creo que

era jesuita y fungía como patrón de la iglesia conocida como El Beaterio; con ese nombre, ya podrán ustedes imaginar la clase de antro al que osaba mi progenitora arrastrar a sus güeritas.

Si decidíamos prescindir de la comunión, éramos sometidas, durante toda la semana, a la intensa tortura emocional infligida por mamá, quien sin titubeo alguno se cobraba la afrenta aumentando considerablemente la carga de trabajo a nuestras labores hogareñas ya asignadas con anterioridad. Teníamos que tolerar su rostro enojado hasta el siguiente domingo, día en el que debíamos tomar la decisión, más por miedo que por convencimiento, de ser habitadas nuevamente por Jesús.

He llegado a pensar que papá disfrutaba secretamente de estos viajes en compañía de sus hijas. No me jacto, ni por asomo, de haber sido su consentida; sin embargo, recuerdo haberlo acompañado al rancho con mucha frecuencia. Papá cantaba lindo y gustaba de hacerlo. Creo que se sentía orgulloso de ser el dueño de esa afinada voz de tenor que tanto me gustaba. Durante las largas horas de manejo, mi padre se entretenía enseñándonos las canciones que, una vez aprendidas, debíamos interpretar para él distrayéndole el sueño.

De papá aprendí canciones como La Adelita, El venadito, Canción mixteca y muchas otras más. Una de las tonadas que en este momento me viene a la mente es Cielito lindo, porque cuadra cabalmente con la trayectoria de esta narración.

Xalapa. Instituto Científico Motolinía. Segundo de primaria. Tenía yo siete años y estaba en mi salón de clases. De la monja olvidé el nombre, no así el aspecto compungido de musaraña presta a meterse en su agujero, de haber encontrado alguno.

La madre provincial, o sea una muy importante que venía desde el mismísimo Distrito Federal, andaba supervisando las escuelas de la república. La directora de nuestro plantel tuvo a bien llevarla a mi salón. La mera jefa era, por supuesto, quien llevaba la batuta, y preguntó a las alumnas si había alguien que quisiera

pasar al frente y hacer alguna gracia; ahora se le dice performance. La redonda Esperanza fue la primera en levantar la mano. ¡No me pelaban! Desesperada, interrumpía yo los aplausos otorgados a la actuación previa y, brincando de entusiasmo, imploraba que me fuera concedido el privilegio de interpretar la última canción enseñada por papá. Hacía apenas unos días la había memorizado, Cielito lindo, y moría por presumir mis nuevos talentos.

“¿Puedo, puedo, puedo?, yo me sé una; porfis, madre, yo quiero, diga que sí, diga que sí, ándele, madre”, imploraba yo impotente. Más por aquietar mis ímpetus que por las ganas de oírme, la jefa accedió y me encontré siendo el centro de atención de un público cautivo, ignorante de lo que se avecinaba.

De la sierra morena, cielito lindo, vienen bajando  
un par de ojitos negros, cielito lindo, de contrabando.  
Ay, ay, ay, ay, canta y no llores, porque cantando se alegran,  
cielito lindo, los corazones.

Había memorizado cuatro versos completos y los canté de corrido. Dejé para el final el que, con certeza, impactaría tanto a las monjas que, con suerte, en esta única materia me pusieran un rotundo 10. Carente de toda malicia, con candor y espontaneidad, procedí a interpretar, a todo pulmón, la última estrofa de la canción:

Una monja y un fraile, cielito lindo, durmieron juntos  
porque les tenían miedo, cielito lindo, a los difuntos.

Aplausos entusiasmados de mis compañeras. Silencio sepulcral por parte de la plana mayor. Desconcierto en mi interior. No entendía lo que estaba pasando. Mi intuición me indicaba que había cometido un gran delito.

“¡A la dirección ahora mismo!”, ordenó la musaraña. Implacable interrogatorio. De puro miedo solté la sopa y, por poco, y me hago pipí. Me retuvieron ahí hasta el arribo de mis progenitores.

Ésa fue la primera y única vez que papá acudió a un llamado de la escuela; siempre era mamá la que se encargaba de los asuntos escolares; en esta ocasión la presencia de mi padre fue especialmente requerida.

La reacción de mis padres fue diametralmente opuesta. Mamá, ignorante del verso que su marido había añadido a la famosa canción, quería morir; no sabía dónde meterse. Me recetó un discurso cargado de amenazas: “¡Nomás espera a llegar a la casa y arreglamos cuentas!”, sentenció.

La risa pugnaba por escapar de los labios de papá, quien debió contenerla para no echar más leña al fuego empeorando el asunto. No fui expulsada gracias a las disculpas —por demás exageradas— y promesas de mi madre, quien juró enderezar mis pasos ¡a como diera lugar!

Una vez en casa, papá fue severamente amenazado por mamá —lo que le valió madres—, y yo recibí una fuerte reprimenda de la que no salí tan abollada al quedar de manifiesto la responsabilidad de mi padre en este escándalo mayúsculo. Unos días después, a solas con papá, prometió enseñarme más tonaditas de ésas; mientras, yo seguía sin entender la causa del problema.

Ya cerca del final de mi adolescencia fue cuando entendí cabalmente el significado de la estrofa improvisada por papá. Esta azarosa experiencia fue la que marcó mi entrada al mundo de la música, que es lo mío. Algún día quizá...

25 de junio

De: Villafranca del Bierzo (León) / A: O Cebreiro (Galicia).

Tiempo: 10 horas.

Kilómetros recorridos: 30.

Comentario: irrumpiendo en la provincia celta, dejamos atrás Castilla. Durisísima etapa. ¡Estoy a punto de rajarme! ¡Ya no puedo más!

Galicia nos esperaba allá arriba. Este día, el trigésimo de nuestra caminata, fue sumamente difícil. Dejamos atrás la meseta castellana y desde el primer paso fuera del refugio comenzamos a subir. Lo que nos alivió mucho fue que, entre estos dos puntos, tuvimos la posibilidad de descansar. Hay infinidad de pequeñas poblaciones muy cercanas unas de otras y en muchas de ellas hay tiendas y bares para los trashumantes.

¡Por fin Galicia! Verde, feraz, subir y bajar montañas, el cruzar de innumerables ríos; mucha neblina y en invierno una obstinada lluvia. Los maravillosos paisajes gallegos me invitaban a continuar, otorgándole a mi voluntad una determinación desconocida. Al pasar por el castro de Paredes, atravesamos un lugar mágico, con sus enigmáticas viviendas circulares semiocultas en un bosque de castaños. No muy lejos de ahí se encontraba el embalse del río Miño rodeado por verdes praderas donde pastaba el ganado bovino. Fue gratificante reposar a la sombra de esos viejos bosques célticos.

Antes de llegar a Ferreiros, en la cuneta y frente a una hilera de robles, la presencia del mítico kilómetro 100 nos sacudió el cansancio y me dije: “¡Sí se puede, carajo! ¡Tira pa'lante!” Los kilómetros empezaron a caer como hojas en otoño y los pies recobraron por unas horas la agilidad perdida.

Etapas final. Jornada treinta y algo. Olvidé la fecha.

De: Pedrouso / A: Santiago de Compostela.

Tiempo: 7 horas.

Kilómetros recorridos: 20.1.

Comentario espiritual: tengo la certeza de haberme ganado el fuego eterno en esta sola jornada.

Salimos de Pedrouso en punto de la medianoche. Algún hospitalero —así se les llama a las personas encargadas de custodiar los

albergues— le contó a Alonso que llegar al amanecer a la Praza do Obradoiro era una experiencia surrealista, mística e irrepetible; que era impactante observar cómo el sol, en su camino ascendente, iba iluminando la torres de la catedral pintándolas de un color rosado. Recorrimos esa última jornada aluzados nomás por la luna que brilló durante casi todo el camino. Los ruidos de la noche al atravesar los bosques me perturbaban, podíamos oír en la lejanía los aullidos de los lobos; las sombras de los árboles movidos por el viento eran aterradoras. ¡Hasta el frío se me quitó del puro susto!

Ignoro si alguna vez en la historia de este peregrinaje, que data ya de once siglos atrás, algún devoto caminante tuvo la osadía de llevar a cabo la misma empresa que este par de mexicanos intrépidos y despistados perpetramos.

Llegamos a Monte do Gozo alrededor de las cuatro de la mañana. Desde lo alto de esta colina, que antecede a la capital gallega, los caminantes medievales veían por primera vez la ciudad santa y lloraban a la vista de las torres de la catedral; caían de rodillas y entonaban cánticos en agradecimiento por haber llegado sanos y salvos después de tan peligroso viaje. Como era de noche todavía, Alonso y yo disfrutamos del maravilloso resplandor nocturno de las luces de la ciudad iluminada. Sabíamos que aún había que caminar otros cinco kilómetros, pero tomando en cuenta los setecientos y pico ya recorridos, asumimos que estos cinco mil metros restantes sería pan comido. Todo lo que teníamos que hacer era bajar el cerrito aquel de enfrente y ¡ya estuvo!

Empezaba a clarear cuando, después de dos extenuantes horas, apareció frente a nosotros un larguísimo puente con un letrero que decía: “Bienvenidos a Santiago de Compostela”. No pude más y solté un llanto de esperanza, orgullo y dolor. Alonso me apremiaba, ignorante del patético estado en el que se encontraba mi estropeado cuerpo. Después de un rato entendió mis argumentos y pude convencerlo de seguir solo para que, al menos él, pudiera contemplar el portentoso amanecer frente a la catedral; yo seguiría a

mi paso para encontrarnos en la plaza del Obradoiro, que es como el atrio de la catedral. Lo vi partir y continué la marcha.

Al consultar mi guía, noté que apenas me encontraba en los suburbios y que tendría que andar por otros cincuenta minutos. Me sentía morir. Nunca antes en mi vida me había sentido tan maltrecha, extenuada y abatida. El dolor en los riñones era tal, que me fue imposible contener el llanto, mismo que se tornó en lastimosos aullidos conforme intentaba avanzar. Cada paso que daba era insufrible. En ese momento me supe incapaz de continuar; necesitaba con urgencia un hospital. Fue entonces cuando empecé a maldecir. Con gritos desesperados arremetía yo contra Dios y sus secuaces; el apóstol Santiago, ya para ese entonces me valía madres y fue él, sin lugar a dudas, el receptor preferente de mis blasfemias.

No pude encontrar un alma caritativa que me tendiera la mano en la inhóspita ciudad desierta que empezaba a despertar. Tratando de conseguirle un mínimo alivio a mi abatida humanidad, me tendí, cuan larga soy, en los escalones del quicio de una puerta usando mi mochila como almohada. Seguí llorando sin dejar de lamentarme.

No pasaron ni diez minutos, cuando vislumbré a lo lejos lo que parecía ser un auto. Conforme se acercaba, noté que era un taxi que se dirigía justo hacia mí. Por un momento sentí que se reblandecía mi coraje y llegué a pensar que, después de todo, el tal Santiago no era tan ojete. Entusiasmada, lo atajé y le pedí me condujera a la catedral.

—¿Y tú, desde dónde vienes, tía? —me preguntó.

—Pues desde Francia —contesté.

—¡Joder, si ya llegaste! Yo no te llevo ni aunque me pinchen los pingos; no vaya a ser que por acomedido y alcahuete me caiga encima un infierno —me dijo el hijueputa y colapsé.

Como pude, logré arrastrar mi devastada humanidad y alcancé la meta añorada de nuestro largo caminar. Me encontré con

Alonso que, exhausto, dormía apaciblemente en una banca de piedra situada en la Plaza del Obradoiro, que García Márquez definió como la más bella del mundo y en cuyo centro se sitúa el kilómetro cero de la peregrinación. Él sí había llegado a tiempo de ver el portento. Tuvimos que esperar un rato a que abrieran las puertas de la catedral compostelana. Fuimos los primeros en entrar y, durante un rato, los únicos visitantes del recinto. Procedimos a realizar en solitario el ritual del peregrino.

La primera parte del ritual consiste en mojar los dedos en el aguabenditero y pasarlos por las cruces inscritas en las jambas, luego hay que dirigirse al pórtico de la gloria, donde los peregrinos colocan los dedos de la mano derecha en las cinco cavidades del parteluz, modelada por los millones de peregrinos que lo hicieron desde épocas muy remotas; al tiempo que recitan oraciones, se dan golpes en la frente contra la estatua del personaje arrodillado para que su inteligencia y su saber les penetren y para potenciar la memoria.

Al concluir este ritual, Alonso y yo tomamos posesión de la meta: "Es imprescindible descender a la cripta, reabierto en 1885, para orar ante la tumba de Santiago que se encuentra en una urna de plata".

¡Eso fue ya demasiado para mis pulgas! El dolor de los riñones, el malestar general y el profundísimo cansancio seguían tan presentes que me exacerbaban el berrinche y la aversión contra todo lo devoto y clerical. Hincada, más por cansancio que por piedad, fingía orar con devoción mientras le daba salida al coraje; frente a la mismísima tumba del apóstol le menté la madre al santo. Cometí perjurio y blasfemé; igual que lo hacía papá.

"Para completar el ciclo ritual, ascendemos al camarín del apóstol para darle un efusivo abrazo." "¡Chinga a tu madre, Santiago puto!"; proferí, y como por arte de magia me sentí aliviada, más ligera. Cuando abandonamos el recinto, después de un tiempo,

tenía la certeza de que todos los supuestos méritos adquiridos a través de lo caminado y padecido se habían ido al carajo.

Con toda seguridad, el pleno de la corte celestial, emplazada allá en lo alto, me había puesto un descomunal tache por mi conducta sacrílega entorpecéndome el chance de conseguir la indulgencia plenaria a la que tenía derecho tras haber peregrinado en año santo o jacobeo. Esta oportunidad sólo se tiene durante el año en el que la fiesta del apóstol, el 25 de julio, cae en domingo.

Aunque la fecha es variable, el año jacobeo suele ocurrir más o menos cada cuatro años. Los peregrinos pueden acceder a la catedral a través de la puerta santa o Puerta del Perdón —construida a comienzos del siglo xvii—, que sólo se abre durante todo el año santo. Nada más traspasar esta puerta, consigues la indulgencia plenaria y, de un plumazo, quedas automáticamente libre de todititos tus pecados, no importa qué tan gruesas hayan sido tus porquerías.

Dejamos el templo alrededor de las diez de la mañana y fuimos a buscar hospedaje. Mirando a la catedral, a nuestra izquierda queda el Hostal de los Reyes Católicos. Este espléndido edificio, construido para sustituir al viejo hospital, se levantó a partir de 1501 por orden de Isabel y Fernando tras la conquista de Granada. En este nuevo hospicio eran acogidos los maltrechos caminantes para curar sus heridas; los peregrinos recibían cobijo y alimento hasta que recuperaban las fuerzas para iniciar, también a pie, el retorno a sus hogares.

El otrora hospital fue convertido en parador de turismo y sigue cumpliendo con su función de alojar al viajero, aunque lo haga con carácter de lujo. El parador tiene ahora una categoría de cinco estrellas y mantiene viva, en parte, la vieja tradición: cada día el hostel permite la entrada a unos quince peregrinos, que se identifican con su compostela, para que reciban en las cocinas una comida de regalo.

No querían recibirnos en el lujoso hostel alegando que no teníamos reservación, aunque por sus miradas intuía que ellos también pensaban que yo era una ricachona pervertida que abusaba de mi jovenzuelo amante en turno y que Alonso era mi nuevo juguete. Finalmente, previa identificación con nuestros pasaportes, conseguimos una suite como a las doce del día. Nos salió bastante caro, pero ¡nos habíamos ganado a pulso ese lujo, coño! Ya olvidé si tomé o no algo de alimento, lo que sí recuerdo es que, después de un reconfortante baño caliente, me metí a la cama. Desperté a las cuatro de la tarde del día siguiente ¡Había dormido durante veintisiete horas!

A las doce del tercer día asistimos a la misa del peregrino. Logramos colocarnos muy cerca del altar, desde donde pudimos disfrutar del asombroso y afamado espectáculo del botafumeiro —esparcidor de humo, en gallego— que es uno de los símbolos más conocidos y populares de la catedral de Santiago de Compostela. Es éste un enorme incensario que oscila por la nave lateral mediante un sistema de poleas tiradas por ocho hombres llamados tiraboleiros. El impulso y la parada del mismo los lleva a cabo el tiraboleiro mayor, que además es el que marca el ritmo del impulso.

El origen del descomunal incensario data de 1554 y fue construido gracias a una ofrenda del rey Luis XI de Francia. Tiene un peso de cincuenta y tres kilos y mide un metro y medio. Se eleva a veinte metros de altura y puede llegar a alcanzar una velocidad de hasta setenta kilómetros por hora.

El botafumeiro tiene un origen litúrgico; éste tiene un inmenso tamaño debido al gran número de peregrinos que llegan a Santiago. Antiguamente les permitían dormir en el interior del recinto, lo que provocaba un olor muy fuerte y desagradable, de ahí la necesidad de tener un enorme incensario que esparciera el aroma del incienso y disimulara el hedor.

Tuvimos que recetarnos la misa entera para disfrutar del famoso espectáculo que se lleva a cabo al terminar el oficio. El aroma del

incienso que emanaba del monumental botafumeiro me fue diluyendo de a poquito la rabia remanente; el humo que impregnaba mi espíritu alejó por los aires hasta el último vestigio de coraje. El olor del incienso me aturdió a tal grado la lucidez que, antes de abandonar el recinto, volví donde los restos del apóstol para tratar de congraciarme con él, no fuera a ser que un día se le ocurriera meterle zancadilla a mi vida por haber sido tan desmesuradamente irreverente. Salí del templo renovada, con ánimo de fiesta.

Al revivir por medio de la escritura este episodio de mi vida, experimento de nuevo, con sorprendente nitidez, las mismas emociones que me embargaron en mi peregrinar a lo largo de la ruta jacobea. Las lágrimas de dolor y frustración, cansancio y arrepentimiento ruedan por mis mejillas una vez más. Aunque prometí solemnemente ante la tumba de Santiago no volver a intentar este desatino, ahora, once años más tarde, creo que lo volvería a intentar, pero esta vez haciendo el recorrido por la ruta portuguesa.

Sería una gran aventura. Quien sabe... Quizás algún día...

## VIII. UN VASO DE AGUA Y DOS ASPIRINAS

“¡Mami, mami, dice mi papá que subas, que se siente muy mal!” Los gritos de Alonso interrumpieron la plática. Mi amiga Pilar, española, tenía poco tiempo de radicar en Puebla y había llegado de visita unos minutos antes.

Después de semejante reclamo y urgencia por parte de mi hijo, no me quedó más que pedir a mi amiga que me esperara un momento en la sala, mientras atendía la sorpresiva solicitud. Era el año 1985.

Le serví un café a Pilar y subí a ver qué se le ofrecía al señor. La tarde estaba soleada y él, pese a ser domingo, permanecía en la casa absteniéndose de su rutina deportiva debido a un terrible malestar que se manifestaba a través de la fiebre y un fuerte dolor de cabeza.

Lo encontré tirado en la cama con una temperatura altísima.

—¿Qué te pasa? Te dejé hace apenas un momento y estabas bien.

—¡Tengo que hablar contigo!— me respondió. Por la voz, supe que había estado llorando.

—¿Ahora?, ¿no puedes esperar un rato? Pilar apenas llegó y...

—Pídele que se vaya —me interrumpió—, tiene que ser ahora; me siento muy mal.

Me disculpé con Pilar, quien se marchó desconcertada.

Algo grave debe estarle pasando a Eduardo, cuando insiste en hablar conmigo con tanta premura. Hace años que no mantenemos un diálogo serio, pensé. Fui a la cocina a buscar un vaso de agua y dos aspirinas, ignoraba que la raíz del malestar de mi

esposo eran el miedo y la culpa y que difícilmente se curaría con tan banal remedio.

—¿Qué es lo que tienes? —inquirí nuevamente—. Te ves muy jodido.

Mi esposo, con aspecto patético, lleno de angustia me respondió:

—Me siento muy mal, terriblemente enfermo del alma. Mi conciencia viene cargando una culpa tan grande que, si no la escupo, me va a matar.

Fue así como llegué a saber que él, Eduardo Escalante, mi marido, estaba perdidamente enamorado de Rocío, mi hermana favorita, la más querida. De ésa que pasó los dos últimos meses de mi primer embarazo viviendo en nuestra casa.

Le dimos posada cuando, faltando cuatro meses para su boda con Andrés y tras haber peleado con mi madre, juró jamás volver. Ante los ruegos de papá, la novia regresó a la casa paterna unos días antes del casorio, para ir al altar como Dios manda, saliendo de su propia casa, que es como debe ser.

Asistimos a su boda como felices padres de un bebé excepcionalmente bello, nuestro primogénito Eduardo José, de dos meses de edad, a quien los recién casados bautizarían en breve. Con el paso del tiempo, nos convertiríamos en compadres dobles, al apadrinar nosotros a su primogénita, Biani.

La noticia me dejó petrificada. Sentí como si un rayo me hubiera caído encima; no pude articular palabra, enmudecí por un tiempo que me pareció eterno. Cuando al fin pude hablar, el llanto se negaba a fluir.

—¿Y ella qué dice? —pregunté.

Con la certeza de que el gran amor y la profunda lealtad que yo sentía por ella eran correspondidos de igual manera, surgió en mí un dejo de esperanza, que se fue al carajo cuando él me respondió:

—¡Soy correspondido con la misma intensidad! Lo que siento por ella es recíproco.

Nuestro matrimonio, como todos, había atravesado muchas veces por serios problemas de pareja, llegando a un punto en el que éramos incapaces de comunicarnos; en varias ocasiones nos planteamos el divorcio. Cierta vez, los trámites para conseguir la separación definitiva alcanzaron un avance tal que sólo faltaron nuestras firmas. Dejamos de asistir a la última junta de avenencia; por mutuo acuerdo y sin muchas explicaciones decidimos darnos un tiempo extra para intentar salvar la relación.

Por ese entonces, mi marido trabajaba en el estado de Tlaxcala, donde pernoctaba de lunes a jueves. Yo vivía con mis hijos en el Distrito Federal. Habíamos acordado que yo iría a Apizaco (donde teníamos un departamento puesto) un fin de semana cada quince días; las otras semanas, él se desplazaría a la ciudad de México.

Cuando estaba con nosotros, decía que no se hallaba y que durante la semana, en la fábrica, quería acelerar el tiempo para estar con su familia. Dondequiera que estuviera, se sentía inadecuado. No se encontraba cómodo en ningún lugar. Con el fin de integrar a la familia y pasar más momentos juntos, me mudé con los niños a Puebla, ignorante de que en esta ciudad enfrentaría, unos meses después, la experiencia más devastadora de mi vida.

El rato que solíamos pasar en la carretera lo dedicaríamos a la convivencia en familia. Mi marido iba diario al trabajo, en Tlaxco, Tlaxcala, y por las noches regresaba a Puebla. Este arreglo funcionó durante algún tiempo, ya que los niños convivían más con su padre; sin embargo, después de unos meses me di cuenta de que la relación de pareja estaba desahuciada sin remedio.

Yo no era feliz desde hacía mucho tiempo, pero con terquedad pretendía que el matrimonio funcionara. Me aferraba a esa relación en la que la única que ponía el entusiasmo y empeño era yo. Creí que con una parte que le echara ganas sería suficiente y que con tan sólo mi buena voluntad podría hacer funcionar la relación. Con persistencia pretendía sacar a flote a esa familia que iniciamos, como ya dije, con un embarazo de tres meses.

Seguíamos casados, compartiendo la cama y el tiempo libre. El sexo casi se había esfumado hacía mucho. Teníamos relaciones cada cuatro o cinco meses; no porque yo no lo deseara, sino porque él perdió por completo el interés. Saciaba su apetito remojando la brocha con asiduidad allá en el pueblo.

La tarde aquella me confesó de un tirón todas sus andanzas pueblerinas —algunas de las cuales yo intuía—, incluida la más devastadora. Jamás olvidaré ese funesto día que dejó su amarga huella en mí y me marcó la existencia para siempre.

Hablamos y lloramos muchas horas. Hubo reclamos de ambos bandos, ventilamos culpas y escupimos rencores añejos; creo incluso recordar que llegué a golpearlo, ¡tanta era mi rabia! En la madrugada, el sueño nos otorgó una tregua y nos refugiamos en él, vencidos por el abatimiento.

La semana siguiente la pasé en el limbo. Me es muy difícil recordar las actividades de los días posteriores a esta desgracia, los hechos concretos aparecen como entre brumas. Ignoro si fui capaz de llevar a cabo mis quehaceres cotidianos o si atendí a mis hijos. Recuerdo haber deambulado como zombi por la casa durante días, a veces me encerraba en el clóset más oscuro y en posición fetal me balanceaba gimiendo sin permitirle acercarse a nadie. A ratos se me escapaba la cordura.

Las broncas y aclaraciones siguieron por largo tiempo. Paradójicamente, nunca había existido tanta comunicación en nuestra vida de pareja.

Después de unos días que se me hicieron eternos, el dolor por fin aterrizó y acepté la contundente realidad de lo que estaba viviendo. “No, Esperanza, esto no es un mal sueño”, me dije. Tomé una decisión desesperada: no permitiría que Rocío se quedara con mi hombre.

Pretender salvar un matrimonio que sabía que estaba irremediablemente condenado no fue el objetivo de esta súbita resolución. Tarde o temprano mi marido y yo seguiríamos por distintos

caminos, lo que se me hacía insostenible era permitir a mi perversa hermana que me lo arrebatara.

Urdí un plan macabro para retener a mi marido el tiempo suficiente para que recapacitara y se diera cuenta de que la efectiva era yo. Tenía la certeza de que, una vez apaciguada la testosterona, él me escogería a mí. Yo sería la afortunada ganadora del premio mayor: esa mierda de hombre. Mientras tanto, pensaba yo, a los tórtolos se les iría pasando el capricho. Mi plan les daría la oportunidad de reflexionar en el impacto que tendría en los hijos de ambos y en el resto de la familia, que hasta ese momento ignoraba lo que estaba aconteciendo: su romance.

—Estoy dispuesta a perdonarte. Intentaré ignorar que esto pasó. Démonos una última oportunidad por el bienestar de los chicos —le dije—. ¡Pero eso sí!, deberás dar por terminada esta estupidez y esa mujer quedará desterrada para siempre de nuestras vidas.

—¡Ah no! Así, con requisitos, ni hablamos. ¿Qué no eres capaz de comprender el infierno de dudas y desconcierto en el que me encuentro? ¡Y encima de todo me vienes con limitaciones! Si yo las quiero a las dos. Me es imposible escoger —respondió.

Al darme cuenta de la magnitud de su pasión, me dije: “¡En la madre!, así como están las cosas, seguro que esta pendeja se queda con él”.

Era tanta la obsesión por defender lo mío y quedarme con ese infame, que seguí jugando a la casita. Representé el papel de mujer moderna y vanguardista, mandé al cuarto oscuro el dolor y pretendí desterrar mis verdaderos sentimientos. Fingiendo estar a la altura de las circunstancias, disfracé la rabia y disimulé la turbación, oculté el desconcierto y la impotencia para convertirme en la viva imagen de la mujer tolerante y comprensiva; pensaba avergonzarlos con mi actitud amistosa y fraternal, quizás así podría hacerlos desistir de sus desleales intenciones: mandar todo a la mierda para vivir su pasión.

Disfrazando la congoja, fingí bienestar y me negué el llanto. Al aparentar algo que estaba muy lejos de sentir, sacrifiqué el alivio que surge al desahogar las penas a través de las lágrimas. Mi vida empezó a declinar, me fui hundiendo junto con mi autoestima en un oscuro y profundísimo pozo sin fin. La fortaleza, la loca esperanza y la absurda alegría quedaron atrás.

La angustiante soledad que vislumbraba en mi vida me acosaba. ¡Todo era tan confuso! Una profunda congoja, permanente e inmutable, me poseía. Dejé de sentir, de ver, de pensar, de percibir; dejé también de acordarme de que tenía tres niños que necesitaban de mí. Quería alcanzar la nada, el no estar, el no ser. El fin era mi constante. Acabar con el profundísimo dolor, mi prioridad; el puente del Emperador, mi destino.

Colapsé.

Durante el breve lapso de cordura en el que toqué fondo, la imagen de mis tres niños criados por esa mamarracha vino a mi rescate y, aterrizando el dolor, pude amarrar mis impulsos a la ribera de la vida.

Torciéndole el rumbo al destino una vez más, me quedé y viví por ellos. Paradoja: la existencia de mis hijos, por la que yo permanecía empantanada en esa relación, vino en mi auxilio y le evitó a mi vida el desenlace fatal.

La terapia Gestalt le devolvió la dignidad a mi existir. Exigí el divorcio inmediato. Resistencia por parte de él. No me quería soltar.

Conseguí la libertad en un mes. Saliendo del juzgado, con el dictamen en la mano, me fui a desayunar con mi recién estrenado ex marido.

Con el corazón parchado empecé a recorrer esta nueva etapa de mi vida. Nunca más volvería a ser la Esperanza fuerte, entera, la mujer de una sola pieza que una vez fui. Mis hijos fueron criados por una madre reinventada, armada con retazos. El tremendo impacto emocional de esta experiencia dejaría grabada en mí para siempre su indeleble huella.

Este desengaño me forzó a enfrentar el doble luto en el que quedé atorada largo tiempo. Naufragaron las ilusiones que tenía de recorrer el camino con ese hombre hasta el fin de mis días y me vi forzada a desterrar de mi corazón el grandísimo cariño que sentía por mi hermana favorita, una devoción que consideraba exenta de caducidad.

A pesar del persistente dolor, tomé la firme determinación de salir adelante con mis chavitos, quienes en ese momento tenían: Lalo, el mayor, diez años; Juan Pablo, ocho, y el pequeñito Alonso, tan sólo cuatro. La primera vez que entré a mi casa ya como divorciada vislumbré el panorama futuro e incierto de mi vida. Aterrada y confundida supe que, para atravesar esta crisis, dejar atrás la pena y afrontar lo que la vida aún me tenía deparado, requeriría de algo mucho más poderoso y eficiente que un vaso de agua y dos aspirinas.

## IX. AL TANTO Y COMO FUE PIDIENDO

Tuvieron que pasar varios años para que, después de mi divorcio, llegara a sentirme medianamente entera. De las muchas y diferentes terapias en las que incursioné fui rescatando, pedazo a pedazo, el ser que mi marido había devastado. Muy poco a poco, lentamente, fui resurgiendo. Parchada y tambaleante empecé a vislumbrar allá a lo lejos algo que había quedado abandonado en algún recodo del camino: la autoestima.

Mi sexualidad se vio también muy afectada. Creía que la traición de mi esposo tenía mucho que ver con mi inexperiencia, con mi casi total ignorancia en ese aspecto. Sabía que mis miedos me habían conducido a esa situación y que yo era la única responsable. Me culpé por haber provocado algo así como un autosabotaje.

Desde los primeros acercamientos físicos durante el noviazgo me intuí apasionada y supe que el sexo me iba a gustar. “De aquí soy”, me dije, y me permití sentir y experimentar. Disfruté de este asunto desde que lo descubrí y poco a poco fui mandando a la mierda los miedos y prejuicios que me habían sido inculcados.

“Pero ¡qué rependeja que eres, de todo lo que te perdiste!”, me dije.

En los once años que vivimos juntos mi marido y yo, tuvimos la vida sexual que una pareja normal hubiera tenido en tres o, a lo sumo, cuatro años. Como él era todo lo que yo conocía y jamás hablé del tema con mis amigas, pensaba que esa infrecuencia era normal. Jamás se me cruzó siquiera por la mente que yo podría incursionar en la infidelidad; no se me presentó la oportunidad de ejercerla y, si así fue, ni cuenta me di.

Cuando pasó la conmoción, salí de mi dolor para tomar conciencia de que mis hijos estaban también muy lastimados y confundidos. ¡Sufrieron tanto! Reaccioné y me puse las pilas. Dediqué los años siguientes a las actividades propias de las madres de tiempo completo: llevar y recoger niños de la escuela, asistir a juntas de padres de familia, atender urgencias porque alguno de ellos estaba descalabrado, ayudarles con las tareas, llevarlos al karate, natación, ejercer como psicóloga...

A pesar de todo, creo que mis niños tuvieron una infancia muy divertida. Los amigos de la colonia preferían estar en mi casa por sobre todas las demás. No les restringía el libre acceso al refrigerador que siempre tuvo comida suficiente para alimentar a los chavos en constante hambruna. Eran insaciables, comían todo el día y devoraban lo que encontraban a su paso.

Recuerdo que casi todas las vacaciones nos íbamos a Catemaco, donde vive una de mis hermanas con su familia. Llegábamos a su casa, que está en la selva junto a la laguna —que entre otras especies alberga cocodrilos—, y acampábamos. No recuerdo ni una sola vez en que haya ido sola con mis hijos. Siempre invitaban a algunos amigos y la pasaban ¡poca madre! Al evocar la etapa de la infancia de mis hijos, me doy cuenta de que la mejor época de mi vida de familia fue la que llevé después del divorcio. Fui muy feliz durante la crianza de mis muchachos. Con toda seguridad ellos no opinan lo mismo.

Mi recuperación se inició cuando me asumí inexperta y acepté la casi total ignorancia en la que había vivido. Me tomó muchos años alcanzar la sanación emocional; no así la sexual. Cambié los miedos y la inseguridad por los galanes. Como ya no sabía qué creer, no podía saber qué esperar; dispuesta a aprender me lancé a la vida decidida a experimentarla. Así nomás, al tanto y como fue pidiendo, fui tanteando este asunto y acepté lo que la vida me ponía enfrente.

Tenía apenas treinta y cinco años, tres lindos hijos, una bonita cara y muchas ganas de aprender. Era dueña, en ese entonces, de

una figura envidiable. El miedo, el estrés, la inseguridad y el sufrimiento me habían dejado tan flaca como nunca lo creí posible.

El duelo de mi hemisferio sur culminó unos meses después del derrumbe de mi matrimonio, cuando se me presentó la primera oportunidad de experimentar una aventura extramarital —todavía no firmábamos el divorcio, aunque ya no vivíamos juntos.

Conocí a José Antonio en una cena que ofreció Pilar en su casa. Ella era la misma amiga, por cierto muy querida, que había sido testigo de mi malestar y confusión la tarde del desenlace fatal. Pilar era la única persona, además de mis hijos, que estaba enterada de la difícil situación por la que atravesaba mi vida. Organizó la cena para tratar de mitigar mi abatimiento al presentarme al hermano de una compatriota suya.

¡Flechazo rotundo! José Antonio, de paso por Puebla para saludar a la familia, era un español que pasaba gran parte de su tiempo viajando por nuestro país debido a su trabajo en hotelería. Estuve saliendo con él unos meses, hasta que me propuso matrimonio. De aceptar, tendría que abandonar mi país para irme a radicar al suyo.

Estuve muy cerca de irme a vivir con él a la madre patria, llevándome, por supuesto, a mis tres niños. Cuando me di cuenta del gran sufrimiento por el que tendrían que atravesar mis hijos, desistí. Me encontraba todavía muy resentida con mi ex y todo mi ser clamaba venganza; sin embargo, fui incapaz de arrebatarles a mis hijos la presencia de su padre, al que adoraban. Eso hubiera sido demasiado. Echarle más leña al fuego sólo lograría ensombrecer más la vida de mis chavitos que ya habían padecido demasiado.

Mi vínculo con José Antonio fue la primera relación estable y comprometida que tuve después de la separación. Nos quisimos con un amor adulto y apasionado; nunca me sentí utilizada por él.

El principio del fin de esa relación fue mi negativa a abandonar el terruño. José Antonio quedó tan frustrado que dejó escapar su

bien escondido carácter controlador, así tuve la oportunidad de descubrir que poseía un temperamento celoso y explosivo —como buen gachupín—. Comencé a fijarme. Comencé a instruirme. Comencé a ensayar.

Físicamente me atraía muchísimo; exudaba testosterona por cada uno de sus poros. Con él viví un aspecto desconocido de la relación de pareja. Nos veíamos esporádicamente, aunque procurábamos hacerlo seguido.

Nunca nadie supo de mi fugaz relación con José Antonio, la única persona involucrada en mi secreto era Pilar. Siempre fui sumamente discreta con mis relaciones de pareja. Nunca nadie, y mucho menos mis hijos, conoció a ninguno de mis compañeros.

Rodrigo, comandante de la Fuerza Aérea Mexicana, venía a Puebla los fines de semana para entrenar al nuevo Escuadrón de Rescate y Primeros Auxilios del que yo formaba parte. No es que me interesara ser rescatista, sino que ésta era la única opción que en ese entonces había en Puebla de tirarse en paracaídas. Toda la vida quise hacerlo y mis padres nunca lo permitieron. Como ya era dueña absoluta de mi vida, decidí intentarlo.

Mi terapeuta de ese entonces sugirió que mis andanzas en el paracaidismo eran la manifestación inconsciente del deseo de terminar con mi vida. “Puede ser —dije impasible—, pero de todos modos lo intentaré.”

Yo era la única mujer del escuadrón y me hice amiga de Rodrigo, quien me trataba con gran deferencia. Estaba al tanto de mi condición de dejada e intuyó mis carencias, y yo, ¡pues me dejé querer! Antes de mi primer salto, ya en el avión, me besó para darme fuerza y seguridad. Estaba tan aterrada que me sobrevino una crisis de pánico. Luciano, el segundo al mando, se vio forzado a empujarme al vacío para impedir que el pánico cundiera a bordo y perjudicara al resto de los paracaidistas.

Ese beso fue el principio de nuestra fugaz relación. Descubrí en ese inocente gesto de apoyo emociones desconocidas tan gratas que,

al caérseme la venda de los ojos, dije: “¡Quítense que ahí les voy!”, refiriéndome tanto al salto como a esta nueva relación que ya vislumbraba en mi horizonte. Mi experiencia con él fue grata y gustosa. La recuerdo con cariño. Mi cercanía amorosa con el comandante duró poco y aprendí mucho.

José Antonio y Rodrigo fueron los pioneros que abrieron la ruta a una nueva trayectoria en mi vida que, inconscientemente, inicié con el fin de reinventarme.

No tengo ni la más remota idea de cómo pasó, el caso es que, a partir de entonces, los hombres aparecían por montones; galantes, aduladores, queriendo. Imagino que traía los estrógenos a flor de piel y exudaba las feromonas que ellos captaban. Muchas veces, sin haber siquiera cruzado una palabra, percibían mi condición e intuían mis carencias y, por supuesto, ni tardos ni perezosos iniciaban el acecho. Seguí llenando de experiencias mi mochila.

No recuerdo haber tomado nunca la iniciativa, jamás he sido abiertamente coqueta; sin embargo, algunos hombres intuían, de alguna manera, que allí había una posible nueva conquista.

Así empezó el desmadre. Durante una pequeña temporada fui rebotando de una relación en otra buscando una pareja que me completara, que uniera mis pedazos; quería encontrar a un hombre que fuera el remedio para mi infelicidad. Confundida y fragmentada, seguía creyendo que en alguno de ellos encajaría yo y encontraría mi lugar. Por supuesto, no me involucré con todos los hombres que querían porque me fue cayendo el veinte de que lo que buscaban era sexo y nada más. No quería convertirme en una nueva rayita que agregarían a la lista de su libreta de conquistas.

Empecé a sentirme como si yo fuera tan sólo un soplo adicional con el que contribuía a inflar un poco más sus egos. Intuí que de seguir así podría acabar siendo una mujer promiscua, aunque nunca tuve dos relaciones simultáneamente; cuando una llegaba a su fin, saltaba a la siguiente. Por fortuna, esta etapa de atracción fatal duró poco tiempo.

A algunos de los hombres con los que me relacioné los conocí en los viajes. Con Luis Mario tuve una relación relajada y efímera. Lo conocí durante el vuelo de regreso de San Juan de Puerto Rico a México en el que mi madre y yo regresábamos de visitar a la familia. Él vivía en el Distrito Federal y yo en Puebla. Fue una relación que evoco con agrado. Duró muy poco tiempo.

Recuerdo muy especialmente a un españolito que conocí en un tren durante un recorrido nocturno de Irún, en la frontera entre Francia y España, al puerto de Vigo, en Galicia. Julio era supervisor en ese viaje y, desde que nos vimos, enganchamos. Estaba yo recién divorciada y viajaba con mi hijo mayor, de once años, y mi sobrina de trece. Pasó mucho tiempo en nuestro compartimento, platicando amenamente con los tres.

Cuando los niños ya dormían, nos encontramos para compartir la cena; yo aporté una botella de vino que llevaba. Charlamos tanto que cualquiera hubiera pensado que nos conocíamos desde siempre. De vez en cuando les daba una vuelta a los niños, que dormían como angelitos. El sol del nuevo día nos salió al encuentro y seguíamos juntos, conversando. Al mediodía arribamos al puerto de Vigo. Nuestra separación fue dolorosa, sabíamos que nunca volveríamos a vernos. Este encuentro fue el más efímero, intenso y memorable que jamás tuve.

Algunas relaciones me dejaron mal sabor de boca, otras produjeron huellas indelebles y muy gratos recuerdos; de todas y cada una, sin excepción, tuve algo que aprender. Para unos hombres fui un adorno, otros hicieron de mí un trofeo más, sin embargo, estoy segura de que para la mayoría significué una agradable compañía y que guardan de mí un grato recuerdo. Algunos hombres con los que me vi involucrada fueron exorcizados; no me gusta acumular despojos.

Cuando tenía algo menos de cincuenta años, quedé fuera de la relación más larga en la que he permanecido, la única en la que mis tres hijos se vieron implicados. Fue intermitente, larga y

tortuosa, y no supe salirme a tiempo; me enamoré. De este vínculo, que terminó sin pena ni gloria, aprendí a detectar la clase de hombre con la que no debo volver a involucrarme. Duró hasta que, desgastada, se acabó.

Ya no intento tener una pareja, aunque no descarto la remotísima posibilidad de encontrar un compañero de viaje; de ser así, le entraría con todo a una relación comprometida en la que se respetara la individualidad y, por sobre todas las cosas, que fuera divertida. Sí, me la volvería a jugar, siempre alerta de no poner la responsabilidad de mi bienestar en manos de alguien más. Creo en el amor solidario, maduro e independiente, no en el amor romántico y empalagoso detrás del que, invariablemente, se esconde el control y la posesividad.

Me gusta y deseo la compañía, pero no la necesito. Por el momento no estoy disponible. Mi existencia atraviesa por un periodo de "No vacancy". Mi vida, mi tiempo y mi espacio están colmados. Nadie puede adornarme ya la vida ni acompañarme la soledad que tanto disfruto. Aprendí a estar sola. Ahora me basto yo.

## X. MI SEGUNDO AIRE

El invierno se hace sentir esta última noche del año 2010. Un fuerte viento sacude implacable los eucaliptos del jardín empapados por la intensa lluvia. Hoy me acostaré temprano. Son apenas las siete de la tarde y afuera reina la oscuridad. El frío inclemente muerde despiadado la piel.

Decido, en un súbito arranque de soberanía, rechazar cualquier invitación y permanecer en casa completamente sola. Por primera vez en mi vida consigo poner en práctica el plan que me ronda las ganas desde hace ya algunos años: quedarme en la cama y no salir a celebrar el Año Nuevo.

Mis hijos no están. Se han ido por su lado a festejar a alguna playa. Tomo un baño caliente y, antes de acostarme, acerco a la cama una mesita auxiliar, bellamente ajuareada, donde coloco la hielera con un vino blanco espumoso y unos bocadillos, en caso de que la medianoche me encuentre despierta y se me antoje celebrar.

Muerta de frío y con los pies helados, entro en mi lecho que, desde la merma hormonal, hace ya algunos años, no precisa ser habitado por nadie más. Siempre agradeceré a la madre naturaleza su consideración en este asunto. Me arrebujó, tiritando, bajo mi cobertor de la amistad, y una vez que entro en calor, me da por recordar.

Cierto día, alrededor de mis cincuenta años, noté consternada que la etapa de crianza de mis tres muchachos hacía mucho había quedado atrás. Alonso, el menor de mis hijos, tenía veinte años y era todavía universitario; Juan Pablo cumpliría en breve los veinticinco y había terminado sus estudios; Eduardo, el mayor,

contaba ya con veintisiete años e incursionaba en los negocios. Me había hecho a la idea, de una manera inconsciente, de que toda mi vida iba a estar dedicada a eso: a ser mamá.

Con mi rol de madre caduco, me supe por primera vez la dueña absoluta de mi vida. Mi tiempo me pertenecía por completo y yo, azorada y confundida, no sabía qué hacer con él. Ignoraba el rumbo que debía darle a mi existencia.

En ese entonces consideraba necesario tener a un hombre a mi lado, y yo me encontraba sola, sin uno de esos a mi alrededor. Ya sin los hijos que me habían mantenido ocupada y distraída, me di cuenta de que toda mi vida, salvo la época transcurrida en el extranjero, la había pasado en compañía de alguien.

Siempre fui dirigida, gobernada, obligada, administrada y encauzada a ser y hacer lo que alguien más decretaba y sugería que fuese dicho o hecho. Ignorando el derrotero que debía darle a mi existir, llegué al medio siglo sin rumbo ni destino. Al despertarme cada día, me preguntaba qué sentido podría otorgarle a mi vida. Me sentía por completo inútil; lo único que sabía hacer eran hijos.

Fue entonces cuando decidí hacer el camino de Santiago; con algo de suerte se iluminaría mi entender para vislumbrar la ruta que debía tomar mi vida. Un tiempo después de mi regreso escuché de boca de mi amiga Norma la frase que me ubicó: maternidad no es destino. Como por arte de magia se hizo la luz; me cayó el veinte y, poniéndome las pilas, salí de mi letargo depresivo y me dispuse a despegar de nuevo.

Inicié nuevas actividades. Estudié inglés para presentar el TOEFL, que siempre dejé para después, y pasé el examen. Fui aceptada para ser integrante de dos diferentes coros; esta actividad que me fascinó vino a llenar el vacío musical en el que me había estancado. Desafortunadamente, después de un tiempo ambos grupos se disolvieron. Estudié tanatología durante dos años y, como tenía planeado visitar Brasil, me puse a estudiar portugués para poder comunicarme con mi amiga Katia y su familia.

Cuando tenía cincuenta y seis años y estaba encarrilada y contenta con mis nuevas actividades, llegó la adversidad a ensañarse con mi vida. Todo el entusiasmo y bienestar recién adquiridos se fueron al carajo cuando tuve que enfrentar, en muy poco tiempo, el fallecimiento de tres seres muy queridos. Primero partió mamá. Las trágicas e inesperadas muertes de mi sobrina Pía y de mi hermana María Elena vinieron a torcerle, otra vez, el rumbo a mi existencia y me dejaron de nueva cuenta atorada en la desolación.

Fue tan grande mi dolor, que llegué a crearme incapaz de seguir habitando este mundo vacío de ellas. Me sentía como fuera de la piel, disfuncional. Transcurría con las emociones anestesiadas, como si alguien ajeno y desde afuera me estuviera viviendo la vida y yo no participara conscientemente de ella.

La crisis económica por la que atravesé empezó también por esa época y tuve que interrumpir la trayectoria de las actividades que tanto me nutrían. Me afectó principalmente el haber tenido que prescindir de los viajes, que es una de las cosas que más disfruto.

Con la parte de la herencia que recibí a la muerte de mi padre pude financiar la construcción de la confortable casa donde vivo. Invertí el excedente en la empresa maquiladora iniciada por mi ex marido muchos años atrás y que crecía a pasos agigantados. Con los dividendos que recibía de las fábricas llevé durante algunos años una vida cómoda y desahogada que me permitía, incluso, ciertos lujos y dispendios. De repente aparecieron los méndigos chinos con su mano de obra tan barata, y nuestra empresa fue incapaz de competir con los ridículos precios que ellos cobraban. Los fabricantes, gringos en su mayoría, se llevaron a China casi la totalidad de la maquila.

Así fue como se inició, poco a poco, el declive de mi economía, del que aún no me puedo recuperar. Me puse a vender, entre mis amistades, pantalones de los que se producían en la fábrica para completar el presupuesto que el padre de mis hijos me tenía asignado y que nunca, jamás, dejó de darme. Me inicié como guía de

turistas organizando recorridos por la ciudad y sus alrededores a pequeños grupos de norteamericanos que quedaron encantados con mis servicios.

Juan y Alonso, mis dos hijos que viven en Puebla, han sido capaces de sacar el barco a flote. Con buena voluntad, y como han ido pudiendo, se han hecho cargo, por el momento, de la economía familiar. El mayor de mis tres hijos emigró a Uruguay.

Otra vez, mi amiga Norma me preguntó que cuál era mi "proyecto de vida". "¿Qué es eso?, ¿para qué sirve?", le contesté. Una vez al tanto de la implicancia del término, me di cuenta de que he vivido mis sesenta años al ahí se va, y que he venido funcionando y resolviendo las cosas de mi vida al tanto y como fue pidiendo, sin planear, improvisando como cualquier funcionario público de los tan odiados e ineptos hoy en día.

Fue justo en esa encrucijada de la vida cuando la escritura me salió al encuentro. Cierto domingo, paseando por el centro, me toqué, en la Casa de la Cultura, con un tríptico que convocaba a la décima edición del concurso Para mujeres que se atreven a contar su historia. Documentación y Estudios de mujeres, A.C. (DEMAC), invitaba a las amas de casa, artesanas, profesionistas, obreras, comerciantes, científicas... a participar en los Premios DEMAC 2011-2012.

Con mucho tiempo libre y sin dinero, me dije: "¿por qué no, si de todos modos me tengo que quedar en la casa?" Decidí aprovechar e intentar algo totalmente nuevo con lo que jamás había soñado siquiera. Nunca había llevado un diario, y hasta escribir cartas me daba flojera; lo único que había escrito en la vida eran las notas de la libretita de viaje que utilicé durante mi peregrinar a Santiago de Compostela y, por supuesto, la lista semanal de las compras.

"¡Ya estuvo!", me dije. Había llegado a mi existencia la inusitada y extraordinaria oportunidad de llevar a cabo mi primer proyecto de vida: incursionar en la escritura elaborando mi autobiografía. Me di cuenta, con horror, de que tenía que empezar de cero; jamás en mi vida había usado una computadora y no sabía ni prenderla.

Busqué ayuda y me propuse aprender. Cuando ya estaba un poco familiarizada con la computación, noté que no tenía ni la más remota idea de cómo redactar y darle forma a un texto. No sabía ni por dónde empezar. Compré un par de libros que leí con avidez y me lancé a la conquista de la escritura.

De haber tenido conciencia de lo complejo y arduo de esta empresa y de lo que implicaría concretar este proyecto, creo que me hubiera echado para atrás antes de siquiera intentarlo. Cuando me di cuenta del grado de dificultad que conlleva la escritura, era ya demasiado tarde; estaba totalmente inmersa y comprometida conmigo misma a terminar.

Jamás hubiera podido concretar mi objetivo sin la presencia y fiel compañía de Belinda, quien lleva catorce años trabajando conmigo. En este tiempo he llegado a quererla tanto como a una hija. Ella es mi mano derecha y la izquierda también, es ella quien ha cuidado amorosamente de mí cuando he estado enferma. Mientras yo pasaba horas enteras frente a la computadora, Belinda se hizo cargo casi por completo del funcionamiento y la buena marcha del hogar, si algo se me atora en el manejo del ordenador, es casi siempre ella la que me explica y me saca del apuro. Belinda es, para no ir más lejos, la felicidad de mi hogar.

Son ya las diez de la noche y el hambre me arranca de la ensoñación. Dejo afuera los recuerdos y me instalo en el ahora para disfrutar los bocadillos que preparé con las sobras de la cena de Navidad. Me sirvo una copa de vino blanco y advierto que, dentro de unos días, estaré cumpliendo sesenta y un años y que llegaré a ellos con mi objetivo logrado. ¡Terminé la autobiografía que me propuse escribir! El haberme atrevido a redactar y terminar este manuscrito me deja llena de satisfacción y orgullo. Escribir me fascina y me nutre.

Es increíble que en los albores de la vejez experimente yo tanto bienestar. ¡Me siento tan bien!, ¡tan completa! Con el miedo y los rencores diluidos experimento, por primera vez, la vida entera y

sin fisuras, me siento con la existencia reciclada. Transito por la vida con el ánimo de fiesta, ¡como vestida de domingo!

Al reparar en la botella de vino que espera por mí, dejo de escarbar en los recuerdos; lleno de nuevo mi copa y brindo conmigo. ¡Brindo por mí, que voy por mi segundo aire!

Inmersa en una agradable sensación de armonía y bienestar, me acurruco en mi calentito lecho que me hospeda con intimidad y afecto. Con un semblante de satisfacción en el rostro y refugiada bajo la frazada hecha con la devoción y el cariño de tantas amigas solidarias, voy quedándome dormida.

Afuera empieza a clarear. Aquí adentro es de noche todavía. Percibo los sonidos del amanecer que me arrancan del sueño reparador en el que estaba. Ayer, diciembre, me quedé dormida.

Desperté en enero con los pies calientes.